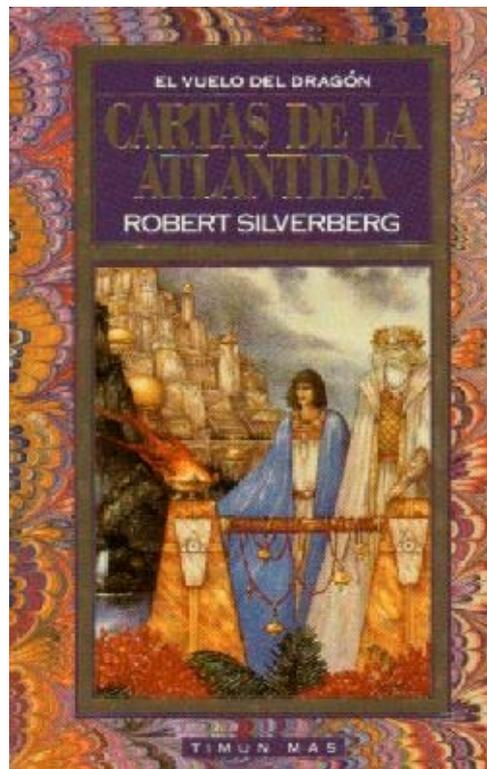


# **CARTAS DE LA ATLÁNTIDA**



**Robert Silverberg**



## **Robert Silverberg**

Titulo original: Lettersfrom Atlantia

Traducción: Hernán Sabaté

© 1990 by Byron Preiss Visual Publications Inc.

© 1992 Editorial Timun Mas S.A.

I.S.B.N: 84-7722-823-X

Edición digital: brumazzz

R6 11/02

...aguarda ese momento de serenidad en que el cerebro se halla en su mejor disposición, preparado para conectar la otra memoria, igual que uno conecta la luz eléctrica con una vuelta del interruptor...

Kenneth Grahame

...y en la isla de la Atlántida existía un gran imperio maravilloso que dominaba toda la isla y varias otras, así como parte del continente; y, además de éstas, eran vasallas del Imperio las tierras de Libia que iban desde las Columnas de Hércules hasta Egipto y, de Europa, hasta el mismo mar Tirreno... Pero, un día, se desencadenó de pronto una serie de violentos terremotos e inundaciones y, en un solo día y su noche de lluvia torrencial, la isla de la Atlántida desapareció bajo las aguas, engullida por el mar.

Platón: Timeo

1

El príncipe duerme. Sueña, sin duda, con la isla verde y dorada de Athilán, sus palacios de mármol y sus templos resplandecientes. Sin que él lo sepa, he tomado prestado su cuerpo, su potente brazo derecho, para escribirte esta carta.

Así pues:

Desde un rincón de lo que calculo que es Bretaña o Normandía, y en lo que creo que es la Nochebuena del año 18862 a. de C., saludos y felices Navidades, Lora.

(¿Llegará este mensaje alguna vez a tus manos mientras recorres las tierras heladas orientales de lo que un día será Polonia o Rusia? Supongo que existen menos del cincuenta por ciento de posibilidades, aunque estés en el mismo año prehistórico que yo. Un continente entero nos separa y, con los medios de transporte existentes en esta época, es casi como si estuviéramos en mundos diferentes. Haré que el príncipe lo incluya en el correo diplomático regular que parte la próxima semana y el mensajero real de Athilán lo llevará consigo cuando cruce la tundra hacia la factoría donde supongo que te encuentras instalada. Con suerte, estarás efectivamente ahí y la persona cuyo cuerpo utilizas será alguien con acceso a los documentos reales que porta el correo. Teniendo en cuenta que te escribo en nuestro idioma moderno, tu huésped no tendrá la más remota idea de lo que cuento. Tú, en cambio, sí lo entenderás, mirando a través de sus ojos. Y tal vez incluso puedas enviarme una respuesta. ¡Dios mío, sería tan maravilloso recibir una carta tuya! Aunque llevamos separados muy poco tiempo, me da la impresión de que ya hace una eternidad...)

Las probabilidades de que consigamos establecer un canal de comunicaciones permanente —o de cualquier clase, en realidad— son remotísimas, pero, de todos modos, puedo intentarlo. Y, como mínimo, poner por escrito el relato de lo que experimento aquí tal vez me ayude a comprender mejor todo lo que va sucediendo. Lo cual debería contribuir a ordenar y dar coherencia a mis explicaciones cuando volvamos a nuestra era y tenga que presentar el informe.

Estamos en el séptimo día de la misión y, de momento, todo está saliendo bastante bien.

Por supuesto, primero fue preciso superar el trauma del salto en el tiempo. Este me produjo un efecto de aturdimiento, aunque en realidad no fue tan terrible como había imaginado. Pero, claro, yo me esperaba lo peor de un salto de estas dimensiones, el mayor con mucho que hemos realizado ninguno de los dos. Durante el período de entrenamiento, lo máximo que viajé en el tiempo fueron noventa años. Ahora, en cambio, se trataba de un salto de ciento ochenta siglos, de modo que calculaba que irrumpiría en

la mente del príncipe con una presión lo bastante intensa como para dejarme inconsciente durante una semana. Y, déjame decírtelo, el impacto resultó realmente fuerte.

La sintonía ha resultado perfecta. Naturalmente, el objetivo de todo el trabajo preliminar de exploración y búsqueda en el tiempo fue localizar a un miembro de la familia real que mi mente pudiera utilizar como huésped. Y nuestros técnicos han conseguido llevarme directamente a la mente, ¡del mismísimo heredero al trono!

Nunca olvidaré el momento de la llegada, que me hizo sentir como supongo que se siente uno al entrar en el agua tras un salto de trampolín poco afortunado. Experimenté dolor, auténtico dolor, un dolor intenso que me habría dejado sin aliento si lo hubiera tenido.

Después llegó la absoluta confusión de ese momento frenético, que tú tan bien conoces, en que ambas mentes se funden —ese momento en que uno no está realmente seguro de sí sigue siendo él o es alguien distinto— y perdí el sentido.

Y lo mismo le sucedió al príncipe, evidentemente.

Permanecimos inconscientes durante un día y medio; posiblemente, algo más. Por eso no estoy del todo seguro de si estamos en Nochebuena. Cuando recobré el conocimiento y hube efectuado las conexiones lingüísticas suficientes para comprender lo que estaba escuchando, intenté determinar cuánto tiempo habíamos estado sin sentido, guiándome por algunas de las cosas que los cortesanos le decían:

—Nos alegramos mucho, Alteza, de que la oscuridad haya terminado para ti.

—Dos días y una noche hemos rezado, Alteza. ¡Dos días y una noche has estado lejos de nosotros!

Pero no había pasado tanto tiempo. Como tú misma habrás descubierto ya a estas alturas, su sistema de días y semanas no se parece mucho al nuestro, pues consideran un «día» el período entre la salida y la puesta de sol y llaman «noche» a las horas de oscuridad, mientras que la siguiente unidad de tiempo es la suma de diez «días» y «noches», lo cual representa una semana de cinco días a nuestra escala, salvo que siga entendiéndolo mal. Así, dos días y una noche en Athilán corresponderían a un día y medio de los nuestros. Con todo, sigo pensando que estamos realmente en Nochebuena, contando desde el día que partimos de nuestro año y calculando el tiempo total que creo ha transcurrido desde entonces.

(Una pregunta, Lora: En el momento en que estamos ahora, ¿resulta adecuado considerar esta noche como Nochebuena, teniendo en cuenta que han de transcurrir miles de años hasta el nacimiento de Cristo? Supongo que sí ya que, al fin y al cabo, procedemos de un año después de Cristo, pero la paradoja me sigue pareciendo un poco extraña. Aunque, en realidad, todo lo que envuelve esta aventura resulta un poco extraño, partiendo del hecho de que tú y yo hemos sido convertidos en nada más que redes de energía eléctrica y hemos sido lanzados a miles de años en el pasado, dejando atrás nuestros cuerpos en un estado de sueño profundo. Decirme a mí mismo que hoy es Nochebuena me hace sentir un poco más en casa, y Dios sabe que necesito que las cosas me resulten un poco más acogedoras, estando aquí. Lo mismo debe de sucederte a ti, imagino, en esas extensiones heladas de los pueblos de cazadores de mamuts.)

Tengo un vínculo muy bueno con la mente del príncipe. Puedo leer todos sus pensamientos, entiendo todo lo que él dice y todo lo que le dicen a él, puedo controlar su ritmo cardíaco y respiratorio y la producción hormonal de su sistema glandular. Soy capaz de anticipar los movimientos de su cuerpo antes incluso de que sea consciente de que va a realizarlos. Captó los impulsos que viajan de su cerebro a los músculos y noto éstos aprestándose a reaccionar. En cualquier momento, podría imponerme a sus órdenes conscientes y obligar a su cuerpo a hacer lo que me apeteciera, aunque no voy a hacer nada parecido., al menos mientras él esté despierto y consciente. No quiero que empiece a pensar que está poseído por un demonio, aunque sea eso, en el fondo, lo que le ha sucedido.

¿Cómo se siente uno, Lora, viéndose como un demonio? No muy bien, ¿verdad? Pero eso es lo que somos. Ésa es la verdad, ¿no?

El príncipe, estoy seguro, no tiene la menor sospecha de haber sido invadido de esta manera, de que un intruso procedente de un futuro distante está dentro de él, envolviendo todo su sistema nervioso como un manto de niebla indetectable.

Sé que me notó llegar. Habría sido imposible que no percibiera el impacto de mi presencia, pero no llegó a hacerse una idea clara de qué estaba sucediendo en realidad.

—El dedo de un dios ha tocado mi alma —anunció a sus compañeros—. He sido arrojado a las tinieblas durante un tiempo. Los dioses han escogido tocarme, quién sabe por qué razón.

En otras palabras, había sufrido una especie de apoplejía fulminante. Y, luego, había permanecido un día, una noche y otro día en la inconsciencia.

En fin, los dioses actúan de maneras misteriosas. Por lo que respecta a todos los demás, el príncipe se ha recuperado por completo del ataque. Yo permanezco escondido, encogido e invisible dentro de su mente, convertido en una misteriosa red de impulsos eléctricos imposible de descubrir para los medios de detección de los athilantes.

Y, ahora, duerme. No puedo leer sus pensamientos, como es lógico, pues esa capa de su mente está a mucha mayor profundidad y no la alcanzo, pero su cuerpo está en paz y muy relajado. Por eso creo que está pensando en su hogar, en la cálida y dulce isla de Athilán. Lo más probable es que se imagine acostado en el mullido lecho de su casa.

Pero no lo está.

Hace un rato, le he hecho levantarse y caminar como un sonámbulo hasta su escritorio, hermoso y refinado, construido con una escasa y extraña madera de las tierras del sur —una madera negra que podría ser ébano con incrustaciones de tiras de otras brillantes maderas amarillas—, y ahora mismo está sentado muy erguido, esforzándose en escribir esta carta por mí. Tomando un dictado, por decirlo así. Un príncipe real tomando un dictado. Pero, ¿cómo va él a saberlo?

La única pista que podría tener es la rigidez que está acumulando en la mano y brazo diestros. La forma de las letras que utilizamos es muy distinta de las volutas y espirales a las que él está acostumbrado y sus músculos están tensos y al borde del calambre mientras escribe. Sin embargo, cuando despierte, no será capaz de adivinar a qué se debe el ligero dolor del brazo.

Nos encontramos cerca de la costa marina, disponiéndonos a levantar el campamento y zarpar hacia Athilán. Los athilantes tienen aquí una factoría bastante grande, trescientas o cuatrocientas personas tal vez. El lugar parece llamarse Thibarak y en torno a él, esparcidos en un amplio espacio de terreno, se levantan pequeños campamentos de gentes primitivas llegadas del interior del continente. Estas gentes, que acuden a Thibarak para comerciar con los athilantes, consideran a los isleños prácticamente como a dioses. Por mi parte, imagino que lo mismo sucede por toda Europa, hasta donde alcanza el imperio athilante.

Las tierras aquí son bastante siniestras y amenazadoras, aunque supongo que no se pueden comparar con el sitio donde estás tú, en Naz Glesim. Aquí no hay glaciares ni campos de hielo —éste se ha retirado ya hacia el norte y hacia el este—, pero el terreno tiene un aspecto áspero y escarpado, húmedo y pelado, roqueño y abrupto. La temperatura es muy baja y dudo que hayamos superado el punto de congelación desde mi llegada, aunque los días son luminosos y soleados. De todos modos, es evidente que el clima es mucho más cálido que hace unos siglos, o que ahora mismo en la zona donde tú te encuentras, que aún debe de estar bajo el dominio del hielo. Aquí tenemos algunos abedules y sauces, así como unos cuantos pinos. Esporádicamente, he visto mamuts y bisontes, pero no muchos: a los grandes animales de la era glacial no les gustan estos nuevos bosques y se han retirado a regiones más frías donde hay más que pastar.

El príncipe se llama Ramifon Sigiliterimor Septagimot Stolifax Blayl, que significa aproximadamente «Amado de los Dioses y Luz del Universo». No obstante, nadie lo llama así porque sería cometer un sacrilegio. Lo he sabido hurgando en los sótanos de su memoria. Sus padres lo llaman Ram, abreviatura del nombre completo. Sus hermanos y hermanas lo llaman Premianor Tisilan, que significa «Primero de la Familia». Todos los demás se dirigen a él como Stoy Thilayl, que viene a ser «Su Alteza». Tiene dieciocho años, el cabello oscuro y la piel aceitunada, y es muy fuerte, con unos hombros y unos antebrazos enormes. De todos modos, no es tan alto como le gustaría —en realidad, es más bien bajo, incluso para lo normal entre los athilantes— y no se siente muy feliz con ello, aunque sabe que no puede evitarlo. En general, se considera un hombre muy capaz y dotado de buen corazón. Un día, si todo sale como está previsto, se convertirá en Gran Darionis de la isla de Athilán. En otras palabras, será el rey de la Atlántida.

Me pregunto qué pensaría si supiera que esa espléndida isla de Athilán, que ha edificado tan magnífico imperio y rige todo el mundo de la era glacial, está condenada a quedar destruida dentro de unos pocos siglos. Destruída de forma tan completa, en realidad, que la gente de las eras futuras llegará a considerar su existencia misma como un mero mito, hermoso pero imaginario.

Por cierto, me pregunto también cómo reaccionaría el príncipe si se enterara de que la gente de las eras futuras está enviando observadores a través de un abismo en el tiempo de casi veintiún mil años para descubrir algún dato de este imperio athilante, y que uno de estos observadores clandestinos se encuentra instalado ahora mismo en el interior de su propia mente.

En fin, no es probable que descubra cómo reaccionaría mi huésped en tal circunstancia. Si algo no voy a hacer, será darle unos golpecitos en el hombro y decirle, ¡Hola, príncipe! ¡Adivina quién está aquí!»

Espero que todo te vaya bien en esas regiones interiores heladas. Pienso en ti todo el rato y te añoro más de lo que me conviene, realmente. Escríbeme, si puedes. Cuéntame todo lo que te está sucediendo. ¡Todo! Yo volveré a escribirte.

Con mucho amor...

Roy

2

Han pasado cuatro días desde mi carla, anterior.

Me refiero a días de veinticuatro horas, no a esos medios «días» que utilizan los athilantes. Estamos todavía en esta costa helada, desprovista de vegetación, las naves de Athilán aguardan en el puerto de Thibarak para conducirnos hasta la isla, pero antes es preciso llevar a cabo ritos y ceremonias de todo tipo las gentes de estas tierras continentales se han congregado en número extraordinario —debe de haber varios miles de individuos— para dar la despedida al príncipe que se apresta a partir hacia su hogar. Supongo que no son corrientes las visitas de un príncipe de la estirpe real a estos parajes. En su honor, cada día arden las fogatas, se sacrifican toros y se entonan interminables cánticos. El príncipe Ram lo preside todo con un aplomo impresionante. Es evidente que ha sido educado desde la infancia para regir un día el imperio y que sabe perfectamente lo que tiene que hacer en cada instante.

Sin embargo, aunque todavía no he podido moverme del puerto de donde hemos de partir, este lugar, pese a su carácter provinciano, posee por sí mismo una gran fascinación. Tal vez no sea la radiante y maravillosa Atlántida, pero no deja de ser el pasado, Lora. ¡El remoto y extraño pasado prehistórico!

Ser testigo de esto resulta asombroso. Cada minuto trae algo nuevo. A cada momento, siento el impulso de volverme hacia ti y comentar: ¡Mira eso, Lora! ¿No es increíble? Pero, por supuesto, no estás a mi lado sino muy lejos, en los confines de la Europa oriental. Ojalá hubiéramos podido hacer juntos este viaje! (Lo sé, lo sé.: en cierto modo, estamos juntos, pero yo estoy aquí y tú ahí, en lugar de estar los dos en el mismo sitio. Y no te molestes en explicarme que enviar a dos exploradores al mismo sitio y a la misma época sería una duplicación de esfuerzos innecesaria. Soy perfectamente consciente de ello, pero sigo pensando que ojalá te encontraras aquí, lo bastante cerca como para que pudiera hablar contigo cada día.)

Pero, como no estás, te contaré lo que estoy descubriendo. Y puede que, un día de estos, tenga la suerte de recibir noticias de cómo te van las cosas a ti.

La diferencia entre los athilantes y estos pueblos continentales es enorme. Y no me refiero sólo a la diferencia cultural, que es más amplia incluso que la existente entre los romanos de tiempo de Julio César y los bárbaros que vivían en los bosques de Francia y Alemania. Esto último era la Edad del Hierro contra la Edad del Bronce; aquí en cambio, hablamos de la Edad del Hierro frente a la Edad de Piedra. Pero, además de las diferencias culturales, existen otras de tipo físico. Tú también debes de haberlas advertido. Athilantes y continentales son dos tipos de gente muy distintos.

Corrígeme si me equivoco, pero tengo la impresión de que los continentales reunidos aquí, en Thibarak, son los pueblos que los arqueólogos denominan solutrenses, que habitaron esta parte de Europa un par de milenios después que los hombres de Cro-Magnon. Estos solutrenses son altos, delgados y rubios, con un aire que recuerda a Los vikingos. Visten prendas de cuero cosidas con gran esmero y utilizan herramientas de piedra que me parecen muy elegantes, largas y finas y ahusadas, con los filos muy trabajados a base de hacer saltar pequeñas lascas. Casi siempre utilizan como viviendas cuevas poco profundas o refugios abrigados bajo una roca sobresaliente, aunque gracias a la mente del príncipe Ram he observado que en las temporadas más cálidas construyen también frágiles chozas de mimbre.

Los athilantes no se les parecen ni remotamente. Los isleños tienden a ser mucho más bajos y rechonchos que los continentales; tienen el cabello oscuro, la piel un tanto atezada y los ojos castaños o negros, nunca azules. Su aspecto es básicamente mediterráneo, griego o español, pero tienen algo que no soy capaz de determinar y que no termina de cuadrar con ese aire griego o hispano. Presentan unos pómulos extrañamente oblicuos, una boca un poco demasiado grande y una forma del cráneo algo extraña. Puede que tú también lo hayas advertido, aunque en Naz Glesim sólo viva media docena de athilantes, mientras que yo tengo a cientos de ellos a mi alrededor.

En mi opinión, si de algo vale, los athilantes son sin duda los antepasados de los pueblos mediterráneos de nuestro tiempo, aunque estos pueblos mediterráneos modernos difieren un poco de los athilantes debido a los cambios producidos a lo largo de los miles de años de evolución y de cruces raciales transcurridos desde la destrucción de Athilán. Con todo, me doy cuenta de que se trata de una mera hipótesis y de que puede estar completamente errada.

Pero lo que más me sorprende es lo avanzados que están los athilantes respecto a los continentales en el aspecto tecnológico. ¡La Atlántida fue, realmente, un reino mágico! Cuando uno se detiene a pensarlo, resulta casi increíble: un imperio marítimo rico y extenso que conoce el uso del hierro y del bronce, una civilización tan avanzada al menos como la de la Grecia y la Roma clásicas... en pleno Paleolítico Superior!

Resulta extraño que los arqueólogos no hayan encontrado jamás ninguno de sus útiles o artilugios. Ninguna espada o daga de bronce mezclada entre las herramientas de piedra de los hombres de Cro-Magnon, ninguna escultura, ningún resto de los edificios que levantaron en el continente europeo, en factorías y puestos avanzados como los que actualmente nos acogen tanto a ti como a mí. La explicación de esta ausencia de restos,

supongo, se debe en parte a que, si bien los arqueólogos del mundo moderno llevan un par de siglos excavando ruinas antiguas de manera seria y rigurosa, hasta ahora sólo han arañado la superficie de los restos enterrados de las antiguas culturas y, sencillamente, no han tenido la fortuna de topar con objetos fabricados por athilantes. Y tal vez las dagas de bronce se oxiden hasta resultar irreconocibles en el plazo de veinte mil años, mientras que los instrumentos de piedra duran eternamente. Con todo, ésta no puede ser la explicación completa y definitiva.

Pero también tengo otra teoría respecto a esto, Lora.

¿Y si, tras la caída de Athilán, los pueblos oprimidos del continente europeo se levantaron y arrasaron sistemáticamente hasta el último rastro de sus amos athilantes? ¿Y si recogieron todas las armas, útiles y esculturas que pudieron encontrar, las llevaron hasta el mar y las arrojaron a las aguas? Tal vez, movidos por un tremendo impulso vengativo, decidieron tonar de la faz de la tierra todo recuerdo de los athilantes. Y veinte mil años de sedimentos oceánicos han hecho el resto.

¿Qué te parece?

Tarde o temprano, la investigación en el tiempo nos dará la respuesta. De esto podemos estar bastante seguros. Terminaremos por determinar la fecha exacta de la destrucción de Athilán, y enviaremos observadores a Europa para ver qué sucedió a continuación. Sin embargo, de momento, creo que mi hipótesis es tan válida como cualquier otra de las que se han apuntado.

Ahora mismo, aquí sentado, tengo mucho tiempo para darle vueltas a estas teorías y debo confesar, pese a lo que he dicho antes, que en realidad estoy empezando a cansarme de este lugar. Tengo ganas de seguir el viaje. Anhele contemplar la Atlántida.

Qué tremenda frustración es saber que las naves reales están aguardando en el puerto, listas para transportarnos a esa tierra cálida, hermosa y fabulosa en mitad del océano, y encontrarme todavía en este lugar helado y miserable, en algún punto de la costa de Francia, mientras se llevan a cabo los inacabables ritos y sacrificios y ríos de sangre de toro riegan el rocoso terreno. El príncipe Ram permanece en lo alto de una torre de mimbre, sonriendo y saludando y repartiendo puñados de grano a las tribus primitivas que lo aclaman. ¡Imaginare, Lora: grano en la Europa paleolítica, donde se supone que la agricultura no fue inventada hasta diez o quince mil años más tarde! Mientras el príncipe arroja el grano, largas hileras de nativos se acercan sin cesar a recogerlo. Se ha reunido aquí más gente de la que yo hubiera calculado que existía en el mundo entero en esa época.

Realmente, no tengo ganas de seguir un segundo más en este puesto comercial de poca monta. Sin embargo, supongo que a su modo resulta fascinante. En cualquier caso, también es frío y árido y primitivo, y no es la Atlántida. Deseo ver la Atlántida. ¡Dios, cómo lo deseo! Ojalá no se hunda en el mar antes de llegar hasta ella. Al fin y al cabo, no estamos seguros del momento exacto en que se producirá el cataclismo final. Podría ser la próxima semana, aunque prefiero pensar que queda más tiempo que ese.

Con todo, aquí sigo sentado. Esperando.

Hasta la próxima...

Roy

3

Escrito en el mar.

Me avergüenza confesar que ya he perdido la cuenta de los días pero estoy seguro de que acabamos de dejar atrás el cambio de año, según el calendario de nuestra era. Y también, por cierto, según el calendario de los athilantes, pues he descubierto que éstos

inician el año el día del solsticio de invierno, nuestro veintiuno de diciembre. Es lo más lógico: el día en que el sol inicia su retomo, el punto a partir del cual los días vuelven a alargarse.

(Si tú has tenido más éxito que yo en ir anotando el paso del tiempo, Lora, te ruego que me ayudes. Cuando respondas a esta carta, si llegas a hacerlo, envíame una clave, rigiéndote por las fases de la luna o algo parecido, por la que pueda deducir la fecha exacta según el tiempo de nuestra época. Por ahora, no saberla con precisión no importa demasiado, pero preveo que podría causarme grandes problemas cuando se acerque el momento de regresar a nuestro tiempo. No debería haberme liado de esta manera. ¡Estúpido de mí! Estúpido, estúpido, estúpido!)

En todo caso, voy a asumir que hoy estamos, según nuestro calendario, a tres de enero de 18861 a. de C. No puedo andar equivocado en más de un par de días, de modo que... ¡feliz Año Nuevo, Lora! (día más o menos ¡Feliz Año Nuevo! Pero resulta realmente difícil seguir convirtiendo los días athilantes en los nuestros, y verdaderamente estúpido emplear un calendario que no tiene ninguna importancia en este lugar. Sospecho que, a estas alturas, tú también debes de usar el calendario athilante, aunque es muy probable que sigas, a la vez, el cómputo de tiempo de nuestra era. Como yo ya no estoy seguro de este último, será mejor que utilice provisionalmente el de la época en que nos hallamos. Y... bien... según el calendario athilante que veo en la mente del príncipe Ram, estamos en el decimotercer día del mes de la Nueva Luz del año del Gran Río. Amén.

Empiezo de nuevo, pues...

Día trece, Nueva Luz, Gran Río. A bordo de la nave imperial athilante Señor de/ Día, en travesía desde Bretaña hacia la isla de Athilán.

¡Deberías ver estas naves, lora! No vas a creerme cuando te cuente...

Tomando en cuenta el nivel cultural general que había observado durante el breve periodo que llevo aquí, entre estos athilantes, esperaba encontrar unas embarcaciones parecidas a las galeras griegas o romanas, con dos o tres filas de remos y acaso una vela. O, tal vez, un buque más parecido a un mercante: y a sabes, una nave impulsada sólo por el viento, con velas de cruz o, posiblemente, latinas.

Pero, lora, estoy a bordo de una especie de barco de vapor! No, no estoy de broma. Un barco de vapor! ¡En pleno Paleolítico!

Es increíble. Incomprensible.

En mi carta anterior te decía que los athilantes eran un pueblo de la Edad del Hierro entre gentes de la Edad de Piedra. Pues bien, me quedé corto, y por mucho. Cuando te escribí eso, no había tenido ocasión, todavía, de estudiar con suficiente detenimiento lo que me rodea. Este pueblo no se encuentra simplemente, como yo creía, a un nivel cultural similar al de griegos o romanos. Ni mucho menos. Al contrario, cuenta con una tecnología equivalente, al menos, a la del siglo XIX, y tal vez más avanzada, incluso. Mientras estaba en tierra no pude advertirlo y, probablemente, tú tampoco puedas advertirlo ahí, donde estás. Pero este barco me ha abierto los ojos.

No estoy seguro, Sin embargo, de que en la bodega del barco haya auténticos motores a vapor. He escuchado comentarios respecto a que la sala de máquinas está gobernada por un grupo de hechiceros que mantiene las gigantescas turbinas en funcionamiento a base de pronunciar conjuros, pero lo cierto es que no tengo idea de qué hay ahí abajo, y el príncipe Ram, tampoco. Los príncipes no tienen que preocuparse de estos detalles tecnológicos, al parecer. Me gustaría hacerle caminar dormido hasta las entrañas del barco para poder echar un vistazo, pero no me atrevo. Al menos, hasta estar completamente seguro de que mi control sobre su mente me permite mantenerlo dormido todo el tiempo que desee. No me gustaría que despertara de pronto y se encontrara en la sala de máquinas, donde alguien de su rango no tiene, de ordinario, por qué entrar. Y que luego empezara a preguntarse si le estaba sucediendo algo extraño en el cerebro.

De todos modos, algunas cosas puedo explicarte. La nave es grande, del tamaño de un yate de buenas dimensiones, larga y ahusada, con la popa plana y la quilla muy alta. El casco es de metal, hierro probablemente, pero, por lo que sé, estas gentes son capaces de fabricar acero. Quizá te resistas a aceptar tal idea, pero sigue leyendo y verás.

Tiene un mástil de gran tamaño, pero ni rastro de aparejos o cabos. O bien el mástil tiene algún propósito Sagrado, o es una especie de antena, pero lo evidente es que no se utiliza para sostener el velamen. También hay dos chimeneas, de las que nunca he visto salir humo alguno. Con todo, percibo una vibración, muy ligera pero constante, como si estuviera en funcionamiento algún tipo de motor. Esto es todo lo que se.

¡Ah!, y una cosa más: Esta gente utiliza la electricidad.

Lo sé, lo sé, lo sé... Parece una locura y, la primera vez que vi encenderse las luces, yo mismo pensé que el príncipe estaba alucinando. Luego creí estar malinterpretando los datos, atribuyendo a falsos equivalentes sensoriales lo que estaba cruzando por la mente de Ram. Por último, pensé que era yo mismo quien sufría alucinaciones. Te aseguro, Lora, que la sorpresa me sacudió como un terremoto. Me produjo una conmoción. Me dejó sofocado, perplejo, desorientado. Por un instante, dudé de si podía dar por cierto nada de lo que estaba percibiendo. Tal vez todo era igual de falso y desquiciado. ¿Electricidad en el Paleolítico?

Pero efectué una y mil comprobaciones y la señal me llegaba clara y concreta a través de sus ojos. Lo que percibía era exactamente lo que estaba viendo el príncipe Ram, sin la menor duda. Así pues, no era el producto de ningún sueño febril. Se trataba de luz eléctrica, Lora. Por increíble que resulte.

En el puerto del continente donde me introduje en el cuerpo del príncipe, todo estaba iluminado con lámparas de aceite prehistóricas, humeantes y malolientes, y sin duda sucede lo mismo en la factoría donde estás tú. En cambio, todos los pasadizos de la nave que he recorrido hasta ahora, y sospecho que todos los camarotes también, poseen luz eléctrica. Supongo que, simplemente, no se han molestado en instalar generadores en los puestos comerciales del continente, o tal vez esos lugares no disponen del debido suministro de combustible. En cambio, a bordo de la nave debe de haber algún tipo de generador que proporciona los kilovatios como en nuestra época.

Los globos de luz son grandes y poco prácticos, y la luz que proporcionan es deslumbrante y chillona, pero no cabe duda de que es eléctrica. He visto al príncipe Ram encender y apagar la de su camarote tocando una placa de la pared.

No me costaría ningún esfuerzo imaginar que estoy a bordo de una embarcación del siglo XX; una embarcación peculiar, es cierto, diseñada por alguien de un país remoto que hubiera inventado desde el principio toda la concepción de una nave oceánica sin haber visto ningún buque europeo o americano, pero con soluciones equivalentes a las de éstos en todos los detalles importantes. Y, sin embargo, sé que estoy aquí, a finales de la era glacial, en un tiempo en que los mamuts y los rinocerontes lanudos rondan todavía por las tierras que un día serán París y Londres.

¿Quiénes son estos athlantes, entonces? ¿Cómo es posible que hayan alcanzado estos logros, miles de años antes de lo que será la secuencia normal de la evolución cultural humana? Esto no tiene pies ni cabeza. En medio de un mundo que aún utiliza hachas de sílex, que surja de pronto una sociedad que domina la metalurgia, la ingeniería, la arquitectura e incluso la electricidad... ¡es una locura, Lora! No consigo entenderlo. Los viejos mitos dicen que los atlantes eran un gran pueblo, pero no que hieran obradores de milagros.

Bueno, dejemos eso por el momento. Tengo muchas cosas más que contarte.

Ahora estoy bastante seguro de que el punto del que zarpamos se encontraba en la costa de Bretaña. En nuestra época, cuando empezamos a concentrarnos en los miembros de la casta dirigente como objetivo de mi salto en el tiempo, sabíamos perfectamente que los miembros importantes de la familia real hacían con regularidad

viajes de inspección a las provincias costeras y que, si me dirigían a la mente de uno de los príncipes, era tan probable que terminan en la antigua Francia como en la propia Athilán.

Desde luego, los útiles de piedra que empleaban las tribus del continente que vi antes de embarcar eran de los que se usaban en Rancia en este período. Y el puerto era excelente. No podría determinar si Thibarak correspondía a Cherburgo o a El Havre pero, a menos que me haya confundido por completo en las referencias, estimo que hemos dejado atrás el canal de la Mancha —en los días claros me pareció adivinar la costa británica al norte— y ahora nos hemos adentrado en el Atlántico, pasando ante Portugal y trazando una curva hacia la entrada al Mediterráneo. Ésta es la zona en que nuestros arqueólogos sitúan como más probable el emplazamiento de la Atlántida: en algún lugar entre las Canarias y las Azores.

El tiempo se vuelve más suave y cálido cada día que pasa. Pájaros. Leves brisas (en pleno invierno de la era glacial), masas de algas marinas arrastradas por las corrientes. Lluvia mucho, prácticamente todos los días, pero es una lluvia mansa y, cuando sale el sol a continuación, los arco iris son sobrecogedores. Especialmente, cuando me detengo a pensar que el haz multicolor señala dónde está la Atlántida.

La vida a bordo de la nave es...  
¡Hum...! Problemas..

Seis o siete horas más tarde, el mismo día.

Me ha ido de poco. Estaba utilizando al príncipe para escribir esta carta y casi me han sorprendido.

Ram estaba en su camarote, sentado en una de esas especies de hamacas que utilizan en la nave. Lo tenía bajo trance y te estaba contando el tiempo que hace en la mar cuando, de pronto, entró su criado personal. Para limpiar la cabina, supongo.

Entre los athilantes no existe la costumbre de llamar a la puerta. Cuando quieren entrar en una estancia, emiten una especie de silbido agudo. Yo estaba tan concentrado dictando la carta que no lo advertí. De modo que el criado entra y encuentra al heredero al trono sentado en la hamaca, muy erguido y con una extraña expresión de trance.

—¿Alteza? —dice. Y luego, con auténtico terror, repite ¡Alteza!

Entra apresuradamente, agarra al príncipe y lo sacude con fuerza. En fin, puedes imaginar que rompí de inmediato el contacto con la mente del príncipe. Ram salió del trance con un sobresalto, miré a su alrededor algo confuso y se enfadó con el criado por molestarte mientras intentaba echar una siesta. Esto último fue perfecto.

Sin embargo, no podía volver a poner en trance al príncipe hasta que el sirviente hubiera abandonado el camarote, y el criado tardó en salir el tiempo suficiente para que Ram pudiera echar una mirada al pergamino que tenía en las manos y contemplar las marcas sin sentido garabateadas en él.

De modo que, cuando el criado se hubo marchado por fin, allí estaba el príncipe Ram, sentado en la hamaca totalmente despierto, con el pergamino en una mano y una pluma en la otra, y el pergamino estaba cubierto de extrañas marcas. Marcas que eran, en realidad, una escritura que nadie en la tierra iba a poder entender en un buen puñado de milenios.

Se quedó absolutamente perplejo. Sostuvo el pergamino ante sus ojos, lo volvió del revés y sacudió la cabeza, desconcertado. Y capté su pensamiento con toda claridad:

En nombre de todos los dioses, ¿qué es esto?

Bien, lo volví a dormir e intenté introducirme en su mente y erradicar de ella todo recuerdo de lo que acababa de ver. Como sabes, no es lo más fácil del mundo. Uno husmea en la memoria de corto plazo de su portador intentando borrar determinado incidente y, si no tiene mucho cuidado, antes de darse cuenta de lo que está haciendo puede haber borrado media jornada de otros asuntos, o una semana entera, o incluso

haber empezado a rasgar el entramado de la memoria básica. Yo no quería dejarlo con la sensación de ser víctima de una amnesia, así que recorrí de puntillas sus bancos de memoria cortando aquí y allá, lo mejor que pude. Creo que realicé el trabajo tan bien como el que más pero, cuando terminé, no tenía demasiada confianza en haber corregido por completo las cosas.

Escondí la carta. Y luego me escondí yo mismo; dejé de intervenir y me recliné en la inmovilidad de un rincón del subconsciente del príncipe toda la tarde, sin intentar establecer contacto con sus niveles cerebrales conscientes por medio alguno.

(Esto, creo, es lo más difícil de todo: cuando uno tiene que permanecer en las sombras, inactivo. Al fin y al cabo, no podemos dormir. Y los entes desencarnados como nosotros no pueden salir a dar un buen paseo para matar el rato, de modo que tenemos que quedarnos ahí quietos, sin poder rascarnos siquiera. Como prisioneros en una celda no mayor que el cerebro humano, absolutamente inmovilizados, contando los segundos y los minutos a falta de otra cosa que hacer. Es enloquecedor, ¿verdad? Es casi insoportable...)

Supongo que podría haber empleado el tiempo en hurgar en el banco de memoria básica del príncipe para extraer de él algunos datos útiles respecto a la civilización athilante, pero no me he atrevido, pues cabía la posibilidad de que Ram detectara mis fisgoneos (una curiosa sensación de hormigueo en el cerebro, digamos) y no quería despertar más suspicacias de las que ya había levantado. Además, ya entonces me ha parecido que en la mente del príncipe había una nueva y extraña irritación, una especie de cauta actitud defensiva.

Ya he visto suceder cosas semejantes otras veces pero, en tales ocasiones, cuando a mi huésped se le ha concedido tener una vaga noción de la situación real, se le ha borrado de la mente al cabo de unas horas. Por supuesto, esto ha sido lo que ha ocurrido con Ram. El principio ha empezado a relajarse, su inquietud mental ha desaparecido y se ha concentrado en sus deberes principescos como si nada hubiera sucedido. Y, diez minutos más tarde, ha vuelto al camarote a tomarse un descanso. Entonces he aprovechado para ponerlo en trance y sacar del escondite la carta inacabada.

Vaya asunto extraño, éste de recorrer el pasado en el interior de la mente de otra persona! Lo he hecho ya más de una decena de veces y aun no me he acostumbrado del todo a la idea. No estoy seguro de que me guste mucho, realmente, esto de tratar a otro ser humano como un mero vehículo, de estimularlo en un sentido o en, otro a mi propia conveniencia, de revisar sus pensamientos y recuerdos más íntimos como si no fueran más que programas informáticos de acceso libre. A veces, me resulta incluso un poco desagradable; en cierto modo, es como hacer de espía. En resumidas cuentas, nadie que haya vivido en el pasado tiene secretos para nosotros, fisgones del siglo xxv que viajamos en el tiempo.

Por otra parte, dado que nos resulta físicamente imposible viajar a través del tiempo si no es en forma de impulsos eléctricos intangibles, no podemos actuar de otro modo. Y esta invasión de la intimidad es lo que nos permite recuperar asombrosos conocimientos de todo tipo que, de no actuar así, se habrían perdido para siempre en el mar insondable del pasado.

En fin... Retomaré la narración donde la he dejado hace tantas horas...

Evidentemente, la nave está adentrándose en rúas subtropicales. Al parecer, incluso en la era glacial, la franja tropical del planeta goza de un tiempo bastante agradable, mucho más lluvioso que en nuestra época pero no especialmente frío. El aire tiene una fragancia primaveral que estimula a todos los que estamos a bordo. El príncipe y su séquito llevaban más de un año en las heladas tierras del continente y están tan impacientes por regresar a Athilán como yo por ver la isla por primera vez.

Esta tarde, el príncipe ha estado trabajando en un informe a su regio padre sobre la situación actual de las factorías athilantes en el continente; evidentemente, ésta es la misión que se le encomendó y que lo llevó a Europa.

Mientras redactaba el informe, Ram tenía un mapa desplegado sobre la mesa y en él he podido observar las verdaderas dimensiones del imperio.

¡Increíble!

Los athilantes tienen establecidas factorías a lo largo de toda la mitad meridional de la Europa de la Edad de Piedra, hasta Rusia por el este y por todo el Norte de África y el Oriente Medio. La mayor parte del comercio se efectúa por mar, pero existe una red de carreteras que une todos los puestos avanzados del interior. Resulta admirable cómo están conectados mediante esta compleja red de comunicaciones, que los correos y mensajeros recorren continuamente en una y otra dirección. (No, no creo que utilicen automóviles; los únicos vehículos terrestres que vi en Bretaña fueron varios carros, algunos de ellos tirados por unos caballos de pequeño tamaño, recios y de aspecto feroz, y otros arrastrados por lo que parecía un reno de dimensiones monstruosas.)

Pensar que todo esto se perderá, que quedará totalmente olvidado, como si nunca hubiera existido... Su recuerdo sólo sobrevivirá como una fábula, un mito que nadie tomará demasiado en serio hasta la llegada de la era de la exploración en el tiempo. Pensar en cito resulta descorazonador.

El sistema de carreteras athilante se atiende hasta lo que calculo que debe de ser el centro de Alemania y zigzaguea luego a través de la Europa central, evitando las zonas más cubiertas de glaciares. Una de las mías conduce directamente a Naz Glesirn, donde te encuentras ahora, que es la factoría más oriental del imperio. Me ha producido una sensación extraña ver el nombre en el mapa y saber que en este mismo instante tú estás ahí.

Thibarak, el puesto comercial costero de Bretaña desde el cual zarpó la nave, es una especie de cuartel general de las operaciones imperiales en el continente. Al menos, lo es de la red de comunicaciones de la Europa occidental. Entre Thibarak y Naz Glesirn van y vienen continuamente los correos oficiales, con directrices y órdenes del gobierno central e informes de situación del gobernador provincial. El viaje dura un par de meses en cada sentido. Me propongo colar estas cartas entre el correo diplomático y, si realmente has conseguido alcanzar la mente del gobernador Sippurilayl corlo decidieron nuestros técnicos tras las investigaciones preliminares en el tiempo, seguro que terminarán por llegar a tus manos. Intenta arreglar las cosas de modo que el gobernador Sippurilayl envíe cartas de respuesta al príncipe Ramifon Sigiliterimor. De este modo, seguro que las recibiré tarde o temprano. Después, por supuesto, tendremos que borrar de la mente de nuestros huéspedes todo recuerdo de los extraños mensajes en ese extraño idioma desconocido que se emitan mutuamente. Sin embargo, con un poco de práctica, no nos resultará demasiado difícil hacerlo.

Creo que alcanzaremos la Atlántida dentro de cuatro días, más o menos. Al atardecer, el príncipe estaba en cubierta, vestido sólo con una túnica ligera y un manto, y soplaban una brisa suave y cálida del sur.

Pobre Lora! Tú debes de estar congelada en esas yermas estepas rusas mientras yo, aquí sentado, te hablo del agradable tiempo primaveral que disfrutamos. Pero no quiero extenderme en el tema, querida. Sólo ha sido cuestión de suerte que yo haya sido enviado a la Atlántida y tú a Naz Glesirn, y soy muy consciente de que, si hubiera salido cara en lugar de cruz, sería yo quien estaría en esa región remota. Y de que, en el próximo viaje, las cosas pueden suceder al revés.

(Es una lástima que nunca quieran enviarnos al mismo lugar cuando efectuamos estos saltos en el tiempo. Ya sé que lo hacen para que cubramos máximo territorio posible, y que lo máximo que podemos esperar es que nos destinen a la misma época, aunque sea a regiones geográficas distintas. Supongo que es mejor eso que nada. Como nos dijeron

cuando nos presentamos voluntarios, el viaje en el tiempo funciona mejor cuando se envía como equipo a dos personas que tienen, un profundo vínculo emocional. Y tienen razón. El mero hecho de saber que estás aquí —a miles de kilómetros de distancia, es cierto, pero en la misma época histórica— me produce una sensación cálida y reconfortante que me ayuda en gran medida a mantener a raya el terrible sentimiento de soledad que, sin duda, me embargaría si supiera que estoy tan lejos en el tiempo de todos y todo lo importante para mí. De todos modos, me gustaría poder verte de vez en cuando. Me gustaría poder tocarte. Me gustaría poder... ¡en fin, olvidémoslo! Por lo menos, puedo escribirte. Y tal vez, un día de estos, llegue de los confines orientales del imperio un mensajero con una carta tuya para mí.)

Mientras tanto, la Atlántida está más cerca a cada minuto.

Hasta que llegemos... mándale recuerdos míos a todos mis buenos amigos de Naz Glesim, si acaso tengo alguno, cosa que dudo.

Te añoro, te añoro, te añoro, te añoro..

Roy

4

Día veintisiete, mes de la Nueva Luz, año del Gran Río...

¡La Atlántida, Lora! ¡Estoy en la Atlántida!

En la isla de Athilán, debería decir. La tripulación de la nave la avistó en plena noche, mientras el príncipe Ram dormía. Alguien silbó a la puerta y entró a despertarle, pues el príncipe tenía que realizar la ceremonia del Regreso. Salimos a cubierta y por fin la vi, brillando ante nosotros a la luz de la luna.

La isla se eleva a gran altura sobre el océano. La gran montaña que ocupa su centro, y que recibe el nombre de monte Balamoris, es, como supongo que sabrás, el volcán que tarde o temprano destruirá esta tierra y la sumergirá en el olvido. Más tarde que temprano, espero fervientemente. Sin embargo, es evidente que el monte Balamorts lleva inactivo cientos o quizá miles de años. Y en sus inmensas laderas y a lo largo de la amplia planicie que conduce hasta el mar, se ha construido una ciudad fabulosa.

Mientras cubríamos el trecho final hasta la Atlántida, evoqué la descripción de la misma que realizó Platón en su diálogo Critias, y que los dos estudiamos durante nuestro entrenamiento para el salto en el tiempo. Según el filósofo griego, la Atlántida era un «continente» rico y hermoso, con abundancia de árboles y matorrales, de flores y frutos, de animales salvajes y domésticos y de minerales preciosos. Y su capital, situada en la costa meridional, era una metrópoli enorme, de más de veinte kilómetros de perímetro, con la forma de dos franjas circulares de tierra divididas por tres amplios canales, con grandes murallas de piedra, puentes, torres y palacios. En el centro de la ciudad había un barrio sagrado, cercado por una valla de oro, cuyos templos tenían las paredes cubiertas de oro y plata y los techos de marfil.

Casi puedo oírte recordándome que, en los tiempos modernos, nadie acepta que el relato de Platón tenga una base histórica seria. Sí, lo sé muy bien; no he olvidado que escribió su relato en torno al 355 a. de C. y que él mismo dice que la Atlántida había sido destruida nueve mil años antes. Eso significa que no pudo disponer de ningún dato sólido respecto a ella, pues Grecia, nueve mil años antes de la época de Platón, se encontraba en plenas tinieblas prehistóricas. Soy consciente de que, desde hace mucho tiempo, la opinión general de los estudiosos es que Platón, probablemente, inventó la historia de cabo a rabo; que toda ella es una fantasía, una amena obra de ficción.

Sin embargo, ahora me pregunto si realmente es así. Después de haber contemplado la Atlántida con mis propios ojos, ya no estoy tan seguro de que Platón lo sacara todo de su imaginación.

Una cosa que ahora sabemos a ciencia cierta, gracias a las exploraciones en el tiempo, es que la Atlántida existió realmente. Hasta tiempos recientes, en pleno siglo xx, era considerada un mero producto de la mitología; sin embargo, ha resultado no ser así y en la actualidad tenemos pruebas de que, en efecto, existió una isla-ciudad de extraordinaria espectacularidad en pleno océano Atlántico, miles de años antes de Platón, y que realmente fue destruida por un enorme cataclismo. Por lo tanto, no podemos descartar de forma terminante que el recuerdo de este lugar y de su terrible destrucción se hubiera incorporado a las leyendas, o que las historias de la fabulosa Atlántida pudieran narrarse y transmitirse de generación en generación, a lo largo de tiempo inmemorial, y que algunos fragmentos dispersos de tales leyendas antiguas circularan todavía por el área mediterránea en la época en que vivió Platón.

Lo realmente extraño es lo mucho que la verdadera Atlántida, el lugar que estoy contemplando mientras te escribo estas líneas, se parece a la descripción que hizo el filósofo.

No se trata de un continente, por supuesto. La Atlántida es, en realidad, una isla extensa, del tamaño aproximado de Borneo o Madagascar. Pero, ¿cómo puede uno saber, cuando ve ante sí una enorme masa de tierra que se extiende hasta perderse de vista en ambas direcciones, si está contemplando la costa de un continente o la de una simple isla grande? Platón, pues, no iba tan errado. Desde luego, la Atlántida era mucho mayor que Gran Bretaña, Cuba o Islandia.

Se equivocaba, en cambio, en otros detalles. Por ejemplo, la capital no está en la costa meridional, sino en la occidental. No obstante, la ciudad tiene en efecto una disposición circular, con enormes murallas de gigantescos bloques de piedra colocados unos sobre otros. Las obras civiles también exhiben una precisión fantástica. Son absolutamente perfectas. Hay canales y puentes en el interior de las murallas, y espléndidos paseos que ninguna ciudad de la tierra podría igualar hasta los tiempos modernos. Puede que ni siquiera en nuestra época existan avenidas semejantes.

Y te aseguro que el barrio portuario en el que me encuentro es asombroso. ¡Si pudieras verlo! Tiene un inmenso puerto semicircular, con un enorme muelle de granito negro revestido de mármol rosa y espigones de piedra que se adentran mucho en las aguas. A mi alrededor se apiñan las naves athilantes llegadas de todo el mundo y, en este mismo momento, estoy viendo cómo descargan lo que deben de ser mercaderías absolutamente fabulosas. Unos funcionarios comprueban todo lo que llega al muelle, cajas y cajas de metales preciosos y joyas, especias, pieles, extraños animales y maderas raras.

Luego, en uno de los lados del puerto, está la fuente de las Esferas, que lanza al aire un enorme chorro de agua cada cuarto de hora. En el otro lado se encuentra el templo de los Delfines, un edificio de mármol blanco que posee las líneas más increíblemente puras y equilibradas. A su lado, créeme, el propio Partenón parece un poco burdo. Una calle amplia, la calle de los Astrólogos, corre justo detrás del muelle. Al inicio de esta calle de los Astrólogos hay una imponente torre abovedada, el Observatorio Imperial, y justo detrás de él arranca una tremenda avenida, el paseo del Cielo, que atraviesa la ciudad a lo largo de varios kilómetros en dirección a... en efecto, a una zona central de edificios sagrados como la que menciona Platón, y que se alza en una ladera empinada. Los muros de estos templos están revestidos de mármol blanco, y no de plata y oro, pero cuando el sol de la tarde los ilumina, toda la ciudad se enciende como una brasa bajo su reflejo.

La ciudad continúa al otro lado de la zona sagrada, extendiéndose hasta el pie mismo del monte Balamoris. Más allá hay parques, tierras de cultivo, las minas de las que se extraen el cobre, el hierro y el oro, y una inmensa reserva forestal llena de animales

salvajes de todas clases, incluido un rebaño de elefantes. Y no me refiero a los mamuts lanudos que deambulan por la Europa de la era glacial en la que te encuentras, sino elefantes normales y ordinarios, muy parecidos a los que podemos ver en los zoológicos salvo en el tamaño, que es mayor. Tienen unas orejas del tamaño de una tienda de campaña.

El clima aquí es extremadamente suave y agradable. Dado que los días y las noches casi tienen la misma duración incluso en pleno invierno, yo diría que la Atlántida está localizada justo en el trópico de Cáncer, o no muy lejos al norte de éste. Casi todos los días cae algún chubasco, pero despeja pronto y el sol no tarda en brillar de nuevo sobre esta tierra cálida y acogedora. El aire es fragante y transparente, el cielo tiene un delicado tono azul y, allí donde uno pone la vista, descubre capullos en flor. Cuesta de creer que en estos mismos momentos la mayor parte de Europa y de América del Norte estén cubiertas por el hielo. O que los enormes mamuts y los pesados rinocerontes lanudos se encuentren pastando en los lugares donde en algún momento del lejano futuro se levantarán nuestras grandes ciudades. O que grupos reducidos de hombres envueltos en pieles intenten dar caza a esas fieras gigantescas con sus toscas armas de piedra.

No es extraño que, miles de años después, vagos recuerdos de este lugar siguieran palpitando en la mente de personas como Platón. En todas las tribus humanas, a través de los miles de años de oscuridad que siguieron al momento de la destrucción, los sabios ancianos narradores de historias deben de haber transmitido vívidas leyendas de esta tierra a lo largo de las generaciones. La gran ciudad perdida, el paraíso apenas recordado, el desaparecido reino de milagros y maravillas... ¡cuántas historias se contarían! Y se seguirían contando, año tras año, siglo tras siglo, mientras los hielos se retiraban lentamente y la humanidad redescubría las artes agrícolas y aprendía de nuevo a edificar pueblos y ciudades hasta que, al fin, en Sumeria y Egipto y China, empezaba de nuevo a aproximarse al nivel de lo que entendemos por «civilización».

Lo asombroso, lo absolutamente inaudito, es que las viejas leyendas no alcanzan siquiera a dar una ligera imagen de lo fabulosa que era realmente la Atlántida. La auténtica Athilán del año 18862 a. de C., con sus barcos de vapor y su electricidad, y sus asombrosas maravillas arquitectónicas y de ingeniería, es inmensamente más fantástica de lo que imaginaron nunca los narradores griegos y romanos.

Lo digo en serio. Por lo que se refiere a la tecnología, está en muchos aspectos a la altura de las ciudades de Nueva York, París o Londres de nuestra época, sólo que es mucho más hermosa que cualquiera de ellas. ¡Y pensar que existió en este tiempo, en plena Edad de Piedra, cuando ningún grupo humano del resto del planeta había conseguido avanzar mucho más allá de vivir en cavernas y fabricar cuchillos y hachas con lascas de sílex!

De momento, no tengo ninguna explicación de cómo pudo suceder tal cosa. Ninguna en absoluto.

A su regreso a la isla de Athilán, el príncipe Ramifon Sigiliterimor tuvo que participar en tantos ritos y formalidades que empecé a pensar que nunca llegaría a ver la ciudad. Permanecimos encerrados en el barco un tiempo interminable, que me resultó casi tan enloquecedor como los días pasados en el puerto de Thibarak a la espera de que terminaran los ritos de despedida para que la flota real pudiera zarpar al fin.

Primero se celebró el ritual del Regreso. Con éste, el príncipe dio gracias por su retorno a casa sano y salvo tras la travesía; la ceremonia consistió en un montón de plegarias, la quema de incienso y el sacrificio de un toro. El príncipe realizó el sacrificio con sus propias manos. Me disgustó profundamente tener que presenciarlo desde tan cerca, pero no tuve otro remedio. Al menos, mató deprisa al animal (es evidente que Ram tiene mucha práctica en ello). Para ello utilizó un machete con el mango de piedras preciosas cuya hoja me pareció, casi con toda certeza, de acero. Este detalle resulta fascinante, a la

vez que tético, ¿no lo crees así? Me refiero a utilizar un elemento de alta tecnología como un arma de acero para llevar a cabo un rito tan bárbaro como el sacrificio de animales. Vaya extraña mezcla. El toro, en realidad era un uro, el extinto antepasado del ganado bovino moderno, una bestia enorme cuyos terribles cuernos curvos de puntas negras medían un metro, por lo menos.

Pensé que a continuación bajaríamos a tierra, pero no; después de muchos cánticos y procesiones por el barco, y de un banquete a base de carne de uro chamuscada y medio cruda que me hizo alegrarme de que el príncipe la estuviera echando a su propio sistema digestivo y no en el mío —aunque a veces, cuando uno es un pasajero de un viaje en el tiempo, resulta difícil establecer la diferencia, ya sabes—, Ram bajó de la cubierta al entrepuente y, ante una pequeña capilla instalada en el camarote del capitán, se dedicó durante horas y horas a invocar a un dios tras otro. Un grupo de sacerdotes subió a bordo y participó en esta ceremonia, pero cuando los santones se marcharon el príncipe continuó en el barco.

Cayó la noche y la multitud permaneció a lo largo del muelle, cantando y aclamando a su príncipe. Desde la cubierta del buque insignia, Ram respondió a sus saludos y hubo una exhibición de fuegos artificiales como no he visto en mi vida.

Por la mañana, el hermano menor y la hermana del príncipe acudieron a darle la bienvenida oficial de la familia. La princesa Rayna tiene unos quince años, calculo, y el príncipe Caiminor, trece tal vez. Los dos se parecen mucho a Ram; como él, son bajos y macizos, con la piel aceitunada y las cejas oscuras.

El encuentro con su hermano fue de lo más formal, con roces de las yemas de los dedos en lugar de besos. El ritual de la Bienvenida se prolongó hasta media tarde. Luego, por fin, los jóvenes hermanos le dieron escolta y desembarcaron con él. Así, por cortesía de mi huésped, el príncipe Ramifon Sigiliterimor Septagimot Stolifax Blayl, Premianor Tisilan de Athilán, tuve finalmente ocasión de poner pie en la orilla de la Atlántida perdida.

Pero no llegué muy lejos. El príncipe y la comitiva acudieron al cercano templo de los Delfines, donde se había instalado una tienda para el recién llegado justo bajo la hilera exterior de perfectas columnas de mármol del recinto. Allí tuvo que ser purificado, limpiado de cualquier contaminación que pudiera haber adquirido mientras vivía entre los pueblos mugrientos y sin civilizar del continente.

Este rito de la Purificación se prolongó otro día y otra noche. Ram fue bañado en leche y cubierto de pétalos de flores amarillas y rojas, entre interminables cánticos que repetían, «¡Que quedes libre de toda impureza! ¡Que quedes libre de toda impureza!». Así, una y otra vez. «¡Que el fango del continente se desprege de tu piel!», cantaban. «¡Que quedes libre de toda impureza!» La salmodia se repitió, inagotable, hasta que creí que iba a volverme loco.

Pero esta parte de las ceremonias me enseñó algo importante acerca de este lugar. Aquí reina un racismo subidísimo. Todo el rito de la Purificación es un canto al racismo. Los athilantes muestran un profundo desprecio por los pueblos continentales. Son éstos, esas tribus primitivas, el «fango» del que el ritual, se supone, limpia al príncipe.

Los athilantes denominan a los continentales «la gente del fango».

Mi dominio de la gramática athilante no es todavía lo sólido que me gustaría, de modo que no estoy seguro de si con ello quieren referirse a que los nativos continentales viven en el fango (es decir, en sus despreciables cavernas y cobertizos) o a que son el fango, es decir, que son basura. En cualquier caso, creo que se trata más bien de esto último.

Así pues, estos nobles y espléndidos athilantes, maravillosamente civilizados, consideran a las gentes de la Europa de la Edad de Piedra como poco más que animales. ¿Has podido advertir tú algo parecido en Naz Glesim? Tal vez ahí, donde sólo vive un puñado de athilantes en medio de cientos de continentales, las cosas sean distintas. En un lugar así, tienen que andarse con más cuidado; aquí, en cambio, donde no se ve a uno

solo de los continentales, los athilantes ni siquiera intentan disimular el desprecio que sienten por ellos.

«Os damos gracias, oh dioses, por el regreso de nuestro amado príncipe al reino de los humanos desde la tierra de la gente del fango!»

Fíjate en ese sutil matiz, Lora. El príncipe ha vuelto al reino de los humanos.

Supongo que, en realidad, no puedo culpar a los athilantes por sentirse superiores, considerando que viven en admirables palacios de mármol mientras el resto del mundo sigue en la tosca existencia del Neolítico. Sin embargo, me parece que van demasiado lejos al insistir en que estas tribus de la Edad de Piedra no son ni siquiera humanas. Atrasadas, sí, para el nivel de Athilán; ¡pero decir que ni siquiera son humanos! ¡Eso es pura arrogancia!

Si tomamos en cuenta el profundo desprecio que los athilantes parecen sentir por los continentales, cobra aún más sentido la teoría que antes he expuesto sobre las causas de que no se hayan encontrado artilugios y objetos de Athilán en ninguna de las excavaciones llevadas a cabo por nuestros arqueólogos. Si durante miles de años uno ha estado sometido por una raza superior que le considera simple basura y, de pronto, la patria de esa raza superior es borrada del mapa por la erupción de un volcán, este cataclismo le proporciona a uno una buena oportunidad para rebelarse y dar muerte a todos los amos supervivientes. Y luego es comprensible que uno quiera recoger hasta el último rastro de bienes pertenecientes a los antiguos dominadores que le recuerden su sometimiento; que quiera reunir todas las vasijas, platos y esculturas, e incluso sus herramientas, por útiles que puedan ser, y arrojarlo todo al océano. Para mí, resulta lógico.

Tenemos que comprobar esta hipótesis mediante la búsqueda en el tiempo. Una vez iniciados los estudios sobre la época del colapso de la historia athilante, deberíamos intentar descubrir qué sucedió a continuación en el continente, si se produjo realmente esa especie de purga de los odiados amos que estoy sugiriendo. Considero muy razonable que la hubiera, teniendo en cuenta las desagradables actitudes racistas que he empezado a descubrir en la cultura athilante.

En todo caso, ahora debo continuar mi relato. Estoy aquí para observar, no para juzgar.

El rito de la Purificación llegó a un glorioso final en el que el príncipe Ram se introdujo en una bañera de alabastro llena de vino y miel y salió de ella mojado y pringoso mientras los coros de sacerdotes y sacerdotisas entonaban alabanzas. Unos criados lo cubrieron con una especie de toga de algodón blanco finamente hilado con adornos azules, que es la indumentaria habitual en este lugar. (El juego con los colores blanco y azul, así como los edificios de mármol con sus esbeltas columnas de piedra, contribuyen a reforzar la atmósfera griega de Athilán. Igual que el clima, soleado y primaveral.) Acto seguido, el príncipe —y yo con él, contemplándolo todo con ojos desorbitados desde mi atalaya en su mente— inició el recorrido a pie del interminable paseo del Cielo para presentar sus respetos a su poderoso padre, Harinamur, Gran Darionis de Athilán.

El desfile se prolongó todo el día. El paseo del Cielo está orlado a ambos costados por unos edificios espléndidos, majestuosos, de líneas clásicas —es una avenida tan imponente como los Campos Elíseos, la Quinta Avenida o Piccadilly—, y la gente se asomaba desde todas las ventanas para ver pasar al príncipe. Ram iba con la cabeza descubierta y sólo llevaba la toga y unas sandalias. Al iniciar la marcha, el sol era muy fuerte, pero hacia mediodía el cielo se oscureció y llegó el habitual chubasco diario, con una fuerza tremenda. El príncipe no pareció advertirlo siquiera. No sé cuánto mide el paseo —muchos kilómetros— pero en ningún instante dio la menor muestra de cansancio.

Y, finalmente, llegó al palacio imperial, un espléndido edificio de mármol con muchas columnas, construido sobre una enorme plataforma de piedra que se alza sobre una gran plaza, al otro extremo del paseo de las Estrellas.

Una vez allí, hizo una pausa al pie de una escalinata que constaba de más de un centenar de inmensos peldaños de mármol y alzó la vista lentamente, hasta dirigirla a lo más alto. Allí, en la cima de aquella colosal escalera de piedra, había una amplia terraza cubierta en la que aguardaba su padre, el rey. Y el príncipe Ram, que llevaba caminando diez u once horas por las calles de la ciudad sin un momento de descanso para llegar hasta allí, empezó a subir aquellos cien escalones gigantescos sin el menor titubeo.

—¡Saludos, oh Rey Único! —exclamó el príncipe—. ¡Harinamur, Gran Darionis! —Y luego, en voz más suave, añadió—: Padre...

—Ram —murmuró el rey. Y los dos hombres se abrazaron.

Resultó increíblemente conmovedor. El padre poderoso, el hijo invencible... Los dos, tan felices de verse de nuevo, tan intensamente felices... Yo siempre estuve bastante unido a mi padre, ya lo sabes, pero nunca sentí hacia él nada que se pareciera remotamente a la fuerza del amor que se transmitían en aquel abrazo, a la vista de la multitud de athilantes, sobre aquella resplandeciente terraza de mármol en lo alto de los cien peldaños gigantes.

También me resultó un poco embarazoso percibir furtivamente los sentimientos del príncipe en el momento del reencuentro, pero uno ha de obligarse a no pensar en tales cosas. Como ya te he dicho antes, y no tengo que recordártelo ahora, ser un viajero del tiempo implica ser un furtivo, un fisgón y un entrometido en los momentos más íntimos de otra persona y, sencillamente, no hay nada que hacer. Como no podemos regresar al pasado en persona, tenemos que invadir la mente de sus habitantes sin que ellos lo sepan. Y no se puede decir que resulte muy agradable, pero es necesario. Esta es la única justificación. Si queremos rescatar algo del pasado desaparecido, tenemos que hacerlo de esta manera porque es la única que existe.

El rey es el ser humano más imponente que he visto nunca. En grandeza, presencia y autoridad, es una mezcla de Moisés, Abraham Lincoln y el emperador Augusto. Es muy alto, sobre todo para tratarse de un athilante, y tiene el cabello canoso y largo, con una barba tupida, larga y también blanca. Tiene tal aire de nobleza y sabiduría que le dan ganas a uno de arrojarse ante él y besarle las sandalias. Ese día iba vestido con una túnica púrpura entretejida de hilos de oro y de plata, y lucía una corona de hojas de laurel dispuestas sobre dos astas de oro.

Con inmensa solemnidad, acogió al príncipe Ram entre sus brazos y lo estrechó contra sí; luego, se apartó un paso para poder mirarle a los ojos. Y en los del rey, oscuros y brillantes, observé tal calor, tan profundo amor, que llegué a sentirme triste y envidioso pensando que nadie en el mundo, en cualquier época, podría ser amado por su padre como lo era el príncipe.

—Te hemos echado de menos cada día de tu ausencia, y cada hora de cada día —declaró el rey—. Todos los días hemos pedido a los dioses que te protegieran y te devolvieran a nosotros sano y salvo. Y nuestras plegarias han sido escuchadas por fin.

—Padre, Gran Darionis, Rey Único, mis pensamientos no se han apartado de ti mientras viajaba por el mundo.

Se tocaron con las yemas de los dedos, en un gesto muy rápido y delicado, según la costumbre athilante.

A continuación aparecieron seis sacerdotes tirando de otro uro, y padre e hijo sacrificaron al pobre animal allí mismo, cada uno con uno de esos machetes de empuñadura de piedras preciosas. Se encendió una hoguera en la que fue asado el uro y los sacerdotes cortaron pedazos de esa carne para ofrecérsela al rey y al príncipe, que se dieron de comer el uno al otro con sus propias manos.

Sé que se trataba de una ceremonia de renovación de afectos, pero, para mí, era también un asunto bárbaro y sangriento, y me alegré cuando terminó y el príncipe y su padre penetraron juntos en el palacio real.

Te costaría imaginar el esplendor del lugar. Los lujosos cortinajes, las tallas de marfil y de jade, los pilares de piedra multicolor y las filigranas de los marcos de las ventanas. Es como un palacio de Las mil y una noches hecho realidad. Lo contemplas y se te encoge el corazón porque no puedes evitar el recuerdo de que todo está condenado a desaparecer en el océano Atlántico, enterrado bajo miles de años de sedimento y humus. Estás en medio de toda esta fantástica maravilla de ensueño y eres consciente de que sus días están contados, de que no va a durar más allá del mes que viene, del año que viene, del próximo siglo como mucho, y pensar en ello te duele. (¡Las ruinas del palacio aún deben de estar en alguna parte del fondo marino! Pero, ¿podremos encontrarlas algún día? Y, de ser así, ¿conservarán todavía algún rastro de su belleza?)

Cada miembro de la familia real tiene un conjunto de aposentos privados en el palacio. Los del príncipe Ram están en la parte trasera del segundo piso, con vistas a un patio y a un jardín. Son lo bastante magníficos como para satisfacer a un rey. Me pregunto cómo serán las habitaciones de su padre, si éstas son las que corresponden a un príncipe.

A estas alturas, Ram estaba tan atontado de fatiga que me costaba encontrar sentido a sus pensamientos. Todo lo que pasaba por su mente me llegaba de una forma borrosa e imprecisa. Intentó fingir que se encontraba bien y el rey y él se sentaron un rato en uno de los aposentos de Ram, discutiendo varios temas gubernamentales de importancia que no pude seguir en absoluto.

Sin embargo, el rey advirtió claramente que Ram era incapaz de mantener los ojos abiertos y, al cabo de poco, le dio las buenas noches y abandonó la estancia. El príncipe elevó las habituales oraciones de final de la jornada a toda prisa y se dejó caer en la cama como un muerto.

Lo he dejado descansar la mitad de la noche, pero había muchas cosas que quería contarte, de modo que me he adueñado de él y durante las dos últimas horas le he tenido escribiendo todo esto en largas tiras de pergamino. Su mente sigue dormida, de modo que está descansando como necesitaba, pero mañana, cuando despierte, va a notar la mano terriblemente dolorida de tanto escribir. En cualquier caso, creo que será mejor dejarlo ya. Falta poco para que amanezca. Ahí, donde estás tú, a miles de kilómetros al este, el sol ya está en lo alto. Espero que te encuentres bien. Y que algún día tengas ocasión de ver este lugar fabuloso con tus propios ojos.

Se despide...

Roy

5

Día treinta y seis de la Nueva Luz, año del Gran Río. Una carta más, enviada a lo desconocido.

¿Llegará a tus manos? ¿Me escribirás algún día la respuesta? ¿Quién sabe...?

Tengo que reconocerlo: últimamente no me he sentido demasiado bien, ¿sabes? De vez en cuando, caigo en estados melancólicos en que empiezo a sentirme perdido y desalentado, aislado, fuera de contacto con cualquier cosa que sea real. Perfectamente consciente de que sólo soy un fantasma etéreo implantado en el cuerpo de otro hombre mientras el mío yace dormido en un laboratorio al otro lado del tiempo.

Y luego me recuerdo a mí mismo el privilegio que significa estar aquí, haber podido participar en esta asombrosa exploración de unos tiempos perdidos que, hasta nosotros, se consideraban definitivamente irrecuperables, percibir las visiones y los sonidos y las maravillas de esta época increíble, una época de cuya propia existencia sólo teníamos las

ideas más patéticamente distorsionadas. ¡Qué logro tan extraordinario! ¡Cuánta envidia debo despertar...!

Supongo que, en realidad, no necesito decirte todo esto. Los dos estamos en el mismo barco. Perdona mi torpeza y mis obviedades, pero estos temas llegan a aturdirme.

A veces me digo que ojalá no nos hubiéramos presentado voluntarios para nada de esto, Lora; que ojalá estuviéramos en nuestra época real en este mismo instante, tú y yo caminando por el parque cogidos de la mano, o corriendo por la playa, o simplemente sentados en algún rincón tranquilo tomando una pizza. Cosas comunes y corrientes que todo el mundo da por supuestas. Nuestra época empieza a parecerme irreal. Tengo que detenerme a recordar qué sabor tiene un helado, o qué clase de sonido produce una guitarra, o incluso... ¡que Dios me ampare!, incluso de qué color tienes los ojos. Y entonces todo empieza a ir mal.

En fin, los estados de ánimo varían, vienen y van. No se puede hacer nada.

Pero sé que un día, si todo va bien, volveremos a casa. Entonces tendremos mucho tiempo para pizzas y helados y todo lo demás. Mientras, lo fundamental a recordar es que estamos en medio de la aventura más fantástica que nadie imaginó. Ahí estás tú, en plena Europa de la Edad de Piedra, con rebaños de mamuts deambulando por la tundra, y aquí estoy yo, despertando cada mañana bajo el sol dorado de la fabulosa Atlántida...

¿Cómo puede nadie atreverse a sentirse abatido ni por un solo instante, haciendo lo que hacemos? La mera idea es prácticamente una obscenidad.

He pasado unos días muy atareados. Y tengo muchas informaciones nuevas. He aquí lo que he descubierto en las últimas fechas sobre el sistema de gobierno de los athilantes.

El rey es un monarca absoluto. Y digo bien: absoluto. Lo que él dice, vale. No existe ningún consejo de nobles ni senado, nada que se oponga remotamente a la autoridad del rey. Este tiene cortesanos y burócratas, es cierto, pero todo el imperio es, en esencia, una propiedad privada que dirige a su antojo.

Parece una fórmula infalible para el fracaso pues, ciertamente, siempre lo ha sido en los tiempos históricos. Ningún imperio puede esperar tener una serie continuada de monarcas capaces. Algún que otro rey puede hacerlo bien y hasta es posible que transcurra un siglo sin que acceda al trono ningún elemento perturbador, pero tarde o temprano termina por aparecer algún loco, un Nerón o un Calígula o un Hitler, alguien que no sabe cómo se ejerce el poder absoluto, que se descontrola y provoca un caos terrible.

¿Cómo es que aquí no ha sucedido nada semejante? ¿Cómo ha conseguido el imperio athilante sobrevivir durante tantos cientos de años sin generar un tirano enloquecido por el poder que haya causado su derrumbe?

La clave, al parecer, está en el título que dan a su rey. Gran Darionis significa literalmente Gran Rey Único, y los athilantes interpretan esta advocación como que es el único rey que Athilán ha tenido siempre. El actual monarca está considerado la reencarnación de todos los que han ocupado el trono desde los tiempos remotos en que el primer Harinamur fundó el reino, según cuenta la leyenda. Al morir cada rey, todos sus recuerdos pasan al alma de su sucesor, de modo que éste encarna la sabiduría acumulada de la dinastía completa. Al menos, eso dicen, aunque no sé todavía si es textualmente así o si sólo se trata de una manera pintoresca de reafirmar el valor de la tradición entre este pueblo. Lo que puedo asegurarte es que la mirada del rey Harinamur no la he visto nunca en los ojos de nadie. Casi parece sobrehumano,.

Creo que este asunto del Rey Único es, al menos en parte, la causa del inusual grado de intimidación que existe entre el monarca y el príncipe.

Al fin y al cabo, Ram es el heredero del trono. Si he entendido las cosas, cuando llegue el momento de convertirse en Gran Darionis, pasará a ser, en efecto, idéntico a su padre. El rey ya debe de considerar a Ram ni más ni menos que como una continuación tangible

de su propia identidad. Y Ram ya debe de verse a sí mismo como la reencarnación viva del rey, el viejo en un cuerpo nuevo.

Todavía no sé muy bien cómo puede ser tal cosa. ¿Tendrán un modo de transplantar todos los archivos de la memoria del rey a su hijo? (O a su hija, pues, como en Inglaterra, el trono suele pasar al descendiente primogénito, sea hombre o mujer.) En tal caso, la transferencia debería efectuarse mientras el rey aún esté vivo, ¿no? A menos que lo hagan en el momento de la muerte.

Por otra parte, puede que no exista en absoluto una auténtica transferencia de memoria y toda esta idea no sea más que una especie de convención, una ficción política, como que el emperador de China fuese llamado «el Hijo del Cielo». En tal caso, todos los reyes tendrían el mismo nombre y estarían sumamente impregnados de las creencias y valores de sus antepasados, pero no podrían ser considerados idénticos a todos los reyes que les han antecedido.

De momento, he sondeado con mucho cuidado a Ram respecto a todo este asunto. Tal vez sea un punto realmente sensible para él, en cuyo caso podría darse cuenta de que estoy husmeando en su mente. Y eso es lo que menos me conviene.

No obstante, lo poco que he descubierto parece indicar que, en efecto, poseen algún medio de fundir sus mentes, sus personalidades, sus recuerdos almacenados y demás. Y que lo llevan a cabo por etapas, cada una de ellas marcada por una gran ceremonia.

Primero está el rito del Nombreamiento, por el cual el pequeño príncipe es designado heredero visible. Esta ceremonia tiene lugar a los diez años.

Después está el rito del Vínculo, a los trece. No entiendo del todo en qué consiste, pero implica la creación de una especie de enlace íntimo entre el monarca y el heredero. Supongo que es como abrir una especie de conducto mental a través del cual fluyen los impulsos psíquicos del viejo al joven. Con esta ceremonia se marca el principio de la transferencia.

El tercer paso es el rito de la Unción. Este se celebra cuando el heredero visible tiene dieciocho años, lo cual significa que la Unción de Ram deberá producirse muy pronto. Con ella, el príncipe entra de pleno en la edad adulta y adquiere pesadas responsabilidades. También recibe ciertos poderes místicos, tan secretos que ni el propio Ram parece saber todavía cuáles son. Pasa a vivir en un palacio propio y se convierte en una especie de virrey, un joven monarca en prácticas, con una autoridad y unas obligaciones muy superiores a las que había tenido hasta entonces. Una vez realizada la ceremonia, al príncipe se le permite casarse. En realidad, se le insiste en que lo haga.

(Hasta donde sé, con el rito de la Unción a la vuelta de la esquina, el príncipe Ram no tiene pensada ninguna candidata a ser su princesa. Tal vez ésta le sea escogida por su padre y Ram no llegue a conocer su identidad hasta el momento del anuncio oficial. ¡Brrr!)

La cuarta y definitiva ceremonia es el rito de la Unión. Este, supongo, representa la transferencia definitiva de identidad entre el rey y el príncipe y tiene lugar cuando se acerca el momento de entregar el trono al heredero escogido. Ignoro cuándo tiene lugar tal cosa, o cómo. Los detalles referentes a este rito están enterrados tan profundamente en la conciencia de Ram que necesitaría hacer grandes excavaciones para alcanzarlos. Evidentemente, se trata de algo en lo que el príncipe no quiere pensar, o no le está permitido hacerlo.

Me pregunto cómo será la experiencia para mí, cuando Ram se someta al rito de la Unión. ¿Qué sentiré cuando esos impulsos mentales añadidos inunden su mente? Un buen caos, supongo. Sospecho que será algo parecido a estar sentado en la copa de un gran árbol mientras un huracán sopla en torno a uno.

Pero, naturalmente, lo más probable es que ni siquiera me encuentre aquí cuando el príncipe lleve a cabo el rito de la Unión. Al fin y al cabo, la duración de nuestra misión está fijada en seis meses. Como te cuento, no tengo modo de saber cuándo llevará a cabo Ram el cuarto rito, pero calculo que va a ser más tarde de esos seis meses de plazo.

Cuando pienso en ello, mis sentimientos son contradictorios. Por un lado, me inquieta el efecto del rito de la Unión sobre mí si todavía estoy dentro de Ram cuando se someta a la ceremonia. Por el otro, de pronto me doy cuenta de que espero que nuestra época me permita quedarme el tiempo suficiente para ser testigo de ella, a pesar del riesgo. Este rito, probablemente, daría respuesta a un montón de preguntas que empiezo a hacerme sobre Athilán. No querría ser arrastrado de vuelta a nuestra época hasta estar preparado para ello. Hasta haberme empapado de todo cuanto haya podido asimilar acerca de este lugar.

Pero, naturalmente, tal cosa no está en absoluto en mi mano. Cuando llegue el momento, volveré a nuestra época tanto si quiero como si no. Volveré a la «realidad». Volveré a ti. Pero tendré que abandonar la Atlántida. No me malinterpretes, Lora. Daría lo que fuera por estar contigo otra vez después de esta separación. Pero aun así, aun así... Estar presente durante el rito de la Unión, tener un asiento de primera fila cuando todos los recuerdos acumulados de todos los reyes de Athilán penetren en la mente del príncipe Ram...

Bien, ya veremos. La solución está por entero fuera de mi control, no hay vuelta de hoja. A veces me siento como una marioneta, aunque sé que es una actitud estúpida. Desde el primer momento estaba claro que sólo permaneceríamos aquí un período determinado y luego seríamos devueltos a nuestra época. Este era el trato y de nada vale lamentarse ahora pero, a pesar de todo, tengo la curiosa sensación de que voy a lamentar el momento del regreso porque se producirá cuando esté a punto de suceder algo tremendamente importante.

¿Por qué me preocupo tanto? ¿A qué viene tanta inquietud y agitación por las cosas?

Debe de ser cosa de la soledad. Pienso mucho en ti.

Te echo de menos. Quizá lo de enviar a «parejas unidas emocionalmente» a estos viajes al pasado no sea tan gran idea, después de todo.

El príncipe es un joven activo y vigoroso y sus días están muy llenos.

Se levanta al alba. Primero, las plegarias. (Estos athilantes son muy devotos. Parecen tener un par de decenas de dioses que, sin embargo, son considerados diferentes aspectos del Dios Único.) Luego, antes del desayuno, un baño en la piscina de mármol situada en el patio del ala trasera del palacio. Cincuenta largos. (Aquí todo parece construido en mármol. Al otro lado del monte Balamoris, no sé dónde, hay una gran cantera, pero también traen otras piezas de calidades más finas desde Grecia e Italia.)

Después, el desayuno. Frutas, la mayor parte de ellas delicias tropicales que no he conseguido identificar, seguidas de cordero asado. Y un vino tinto fuerte y dulce. Vino para desayunar... En fin, yo me guardaría mucho de tomarlo, pero el príncipe es fuerte como un toro y no se le sube un ápice a la cabeza. Y a estos athilantes, como a todos los pueblos mediterráneos —que, en mi opinión, descienden de ellos—, les encantan sus caldos. Existen viñedos por toda la isla. (Todos sus vinos son dulces. Sé que los auténticos degustadores de vinos afirman que los mejores son los secos, pero a los athilantes, probablemente, les daría igual su opinión. Supongo que un francés torcería el gesto, si existiera algún francés. Pero todavía no hay ninguno. Ni crece una sola vid, en este momento, sobre las tierras heladas donde un día estará Francia. Ni crecerá en miles de años.)

Tras el desayuno, Ram se reúne con el rey y juntos revisan toda suerte de documentos oficiales e informes.

Casi todos los asuntos hacen referencia al flujo de materias primas que las naves athilantes importan de África y de la Europa meridional. Estos athilantes son los primeros imperialistas del mundo. Han colonizado todas las partes del mundo que han alcanzado e importan de ellas lo que necesitan —minerales, sobre todo, pero también ciertos alimentos— sin devolver gran cosa a cambio. Naturalmente, no hay mucho que pudieran

ofrecer, teniendo en cuenta el estado tan primitivo de los demás humanos de esta era. Las potencias coloniales típicas de nuestra era importan materias primas de países atrasados y exportan bienes manufacturados, pero los cazadores seminómadas de la Edad de Piedra no tienen una gran necesidad de bombillas eléctricas, fontanerías de lujo o llantas de automóvil.

Existe un abismo cultural tremendo entre los athilantes y el resto del mundo neolítico. Están tan increíblemente avanzados respecto a todos los demás humanos, en todos los aspectos, que ni siquiera sabría por dónde empezar a contarte. ¿Una raza mutante de supergenios que surgió misteriosamente de la nada a finales del Paleolítico? Suena demasiado rebuscado para resultar creíble pero, ¿qué otra explicación puede haber?

En su conferencia matinal, el rey y el príncipe tratan también asuntos locales. Deciden qué funcionarios merecen ascensos y cuáles han de ser reprendidos por su falta de cuidado. Hablan de la reparación de las calles y de la construcción de nuevos edificios, hacen planes para las festividades religiosas próximas... Todo esto tiene poco de romántico. Es su oficio: gobernar el imperio athilante. Y resulta un trabajo arduo, que nunca afloja.

El almuerzo es ligero: uva, un poco de queso y ese extraño pan, duro como una piedra, que hacen con el trigo que crece aquí. El cereal aún está en sus primeras fases evolutivas y dicho trigo no se diferencia en mucho de la semilla de hierba. Pero incluso esto es asombroso, teniendo en cuenta lo remoto de la era en la que estamos. Con todo, el pan que hacen con su harina no tiene nada de delicioso. Con el almuerzo, el príncipe toma un vino blanco ligero, empalagoso como un perfume. ¡Puaj!

Luego, una siesta y, a continuación, Ram dedica la tarde al ejercicio: hípica, lanzamiento de jabalina, otro baño y cosas así. Es un atleta de primera. Tiene que serlo, para montar los caballos de esta época, esos animales chúcaros, paticortos, de largas crines y mal carácter. Son animales salvajes y no lo disimulan. Los athilantes entienden los principios de la silla de montar pero no saben nada de bridas y bocados, y su técnica para controlar las monturas consiste básicamente en agarrarlas por el cuello y someterlas por la fuerza bruta.

Después del ejercicio, suele haber algún ritual que celebrar. Este es un pueblo muy religioso, a su modo. La ciudad está llena de sacerdotes y sacerdotisas de los diferentes dioses, todos los cuales exigen constantes actos de adoración. Invariablemente, las diversas ceremonias exigen la presencia del rey y del príncipe, pues el rey de Athilán no sólo es el monarca sino también el sumo sacerdote, y el príncipe es su mano derecha. Así pues, casi cada día dedican una hora o así a algún templo, donde presiden estos asuntos divinos. Los cánticos y plegarias que entonan en ellos están muy ritualizados y no tengo una idea muy clara de qué significan. También se llevan a cabo numerosos sacrificios de animales, que todavía me resultan difíciles de asimilar.

Al caer la tarde, toda la familia real se reúne para una especie de hora de recreo, cálida y afectuosa, donde todo el mundo se muestra divertido y cariñoso. Luego, todos juntos, toman una cena opípara. Los sirvientes son continentales. (Esclavos, supongo. Tengo que recordarme continuamente que no debo esperar que los athilantes se rijan por las mismas convenciones de respeto y democracia que imperan en nuestra era moderna, como el valor de la libertad. Igual que los romanos o los griegos, igual que tantas civilizaciones avanzadas de la Antigüedad, los athilantes no parecen encontrar nada malo en esclavizar a otros seres. Uno siempre se lleva una sorpresa, ¿verdad?, cuando descubre que un pueblo que parece en general muy civilizado, como el athilante, practica algo tan cruel y condenable como la esclavitud. Sin embargo, el pasado es el pasado y aquí todas las cosas son diferentes y no tiene sentido esperar que fueran de otra manera. Por lo menos, si sirve de lenitivo, parecen tratar bastante bien a los esclavos.)

En estas cenas reales, verdaderos festines, hay comida en abundancia, en una cantidad sencillamente increíble; generalmente, el plato principal es un buey asado, y se

consumen cantidades asombrosas de vino, aunque todo el mundo parece mantenerse sobrio. ¿Será que el vino es muy flojo, o que estas gentes tienen una tolerancia inusual al alcohol?

Una vez terminada la cena, acuden a cantar los juglares. La obra favorita de su repertorio es un extenso poema histórico, de género épico, que parece una combinación de la *Ilíada* y la *Odisea*. Suena muy conmovedor, pero también está narrado en una especie de versión antigua de la lengua athilante y al príncipe Ram le cuesta tanto de entender como a nosotros el *Cantar de Mio Cid*. Yo sólo entiendo vagamente su sentido general, algo acerca de un exilio, un éxodo y la construcción final de esta gran ciudad en la isla de Athilán.

Escuchando a los juglares tengo la maravillosa sensación de cómo debía de ser encontrarse en la sala de banquetes en la antigua Grecia, escuchando a Homero tañer la lira y cantar las primeras versiones de sus poemas. Pero, de inmediato, tengo que recordarme que Grecia aún no es antigua, que ni siquiera existirá como idea hasta dentro de más de diecisiete mil años, y que Homero, Aquiles, Agamenón y el resto de nombres legendarios son figuras desconocidas de un futuro inimaginablemente nebuloso, por lo que a los athilantes respecta.

Aquí anochece temprano. El príncipe se acuesta cuando terminan los juglares, y duerme como una estatua de mármol hasta los primeros rayos de sol.

O, al menos, dormiría como una estatua de mármol si yo no insistiera en sacarlo de la cama en algún momento de la noche para que me escriba estas cartas. Por supuesto, no se da cuenta en absoluto de lo que hace. Yo guardo las cartas en una bolsa de cuero bajo un montón de togas viejas que ya no parece ponerse nunca. Cuando me entero de que va a partir un correo para Naz Glesim, pongo en trance al príncipe y le hago sacar la carta escondida y protegerla para el transporte. Naturalmente, me pregunto si alguna de mis misivas llegará hasta ti. Las distancias son muy grandes y la situación es muy comprometida, pero tengo que seguir escribiéndolas. Necesito tantísimo este contacto contigo... aunque sea unidireccional, como hasta el momento.

Ojalá tuviera algún modo de dictar mis impresiones de este mundo a una grabadora que pudiera llevarme de vuelta a nuestra época. Sigo pensando que el gran problema de ser un ente desencarnado, una red de impulsos eléctricos, es que no se puede transportar en el tiempo otra cosa que el contenido de la propia mente de uno. Mejor es eso que nada pero, de todos modos, resulta bastante frustrante. Me gustaría volver con abultados blocs de notas que describieran lo que he visto aquí, o tal vez con un par de maletas cargadas de artilugios athilantes. Pero no puede ser, no puede ser de ninguna manera.

Es hora de despedirme. Ram tiene un terrible calambre en la mano de escribir. Necesita descansar. Y creo que yo, también.

Roy

6

Día cinco del mes del Viento Occidental, año del Gran Río.

Ha pasado casi una semana desde mi última carta. No he querido escribir. Me han estado rondando por la cabeza cosas extrañas y no tenía especiales deseos de hablar de ellas, con la esperanza de que desaparecerían por sí solas. Pero no ha sido así.

Para no prolongar más el misterio, lo que sucede es que vengo sintiendo un impulso cada vez más fuerte de darle a conocer mi presencia al príncipe Ram.

Comprendo que se trata de la enfermedad clásica de los viajeros del tiempo. La necesidad de plantarse y gritar:

«¡Mírame! ¡Mírame! ¡Estoy instalado justo aquí, dentro de tu mente!» Incluso hay un nombre para esto, ¿verdad? Síndrome de Culpabilidad del Observador, me parece. Pero saber que no soy el primero en experimentarlo no me pone las cosas en absoluto más fáciles.

La cuestión es que he pasado ya varias semanas observando a Ram de la manera más íntima posible. Me siento más próximo a él de lo que podría estarlo jamás a ningún amigo o esposa. Sé con qué lado de la boca prefiere masticar, qué nombre de dios toma en vano cuando recibe un pisotón y los detalles de ese truco realmente sucio que le hizo a su hermano menor cuando tenía unos nueve años. (Y del que aún se siente culpable, aunque el príncipe Caiminor sólo tenía cuatro años cuando el suceso y, probablemente, no guarda el menor recuerdo.)

Todo esto está produciendo en mí las reacciones de Culpabilidad del Observador que eran de esperar. Quizás tú misma las experimentes un poco. Hablaba de esto hace algunas cartas, cuando comparaba el papel del observador con el de un espía y decía que me sentía un poco raro. Pero ahora empieza a parecerme algo mucho peor que espiar. Me siento un mirón. Un espía, al menos, sirve a su patria. Los mirones son, sencillamente, asquerosos.

Lo sé, Lora. Lo sé, lo sé. Con lo que hago, sirvo a la causa del conocimiento. Y se supone que mi entrenamiento debe ayudarme a superar estos previsibles sentimientos de culpa y de vergüenza.

Pero cuanto más tiempo llevo en la mente del príncipe Ram, mejor lo conozco y más lo admiro. Es fuerte, capaz, inteligente, decidido, disciplinado... Un camarada principesco. Tiene sus debilidades, ¿quién no?, pero en conjunto es una persona excelente que algún día será un gran rey. Y cuanto mejor me cae, peor opinión tengo de mí por acechar aquí, invisible e imperceptible, en el interior de su cabeza. Estoy acabando por odiar esta clandestinidad, la escucha secreta de sus conversaciones y hasta de sus pensamientos más íntimos, el ponerle en trances que él ni siquiera sospecha que se producen para utilizarlo haciéndole escribir estas cartas por mi.

Quiero hacerle saber que estoy aquí: un viajero del futuro remoto que ha venido para estudiar el gran imperio de la gloriosa Atlántida en sus días de apogeo. Quiero pedirle permiso, supongo, para continuar ocupando mi atalaya oculta en el interior de su mente.

No te preocupes. Hasta ahora no le he proporcionado el menor indicio de tal cosa. Sin embargo, la pasada semana estuve cerca, en un par de ocasiones, de efectuar un contacto real con él a nivel consciente. Y la tentación no ha desaparecido; si acaso, cada vez es más fuerte.

De momento, soy muy cauto en cuanto al grado de penetración mental que me permito con el príncipe. En general, me limito a una observación pasiva de bajo nivel, es decir, al mero seguimiento de la información sensorial minuto a minuto: qué ven sus ojos, qué oye, etcétera.

No he intentado en absoluto hurgar en los datos almacenados a más profundidad en su mente. Naturalmente, ésta es la manera más fácil de hacer sospechar al huésped que algo extraño ocurre en su cabeza. Y lo que temo es que, si Ram expresa la menor sospecha de que está poseído, infestado u ocupado de algún modo por un espíritu extraño, voy a revelarle por las buenas la verdad completa en un acceso irrefrenable de celo confesional. Y no me atrevo a correr tal riesgo.

Todo esto me está creando algunos inconvenientes de importancia.

Por ejemplo, sin echar un vistazo más profundo a su mente no tengo modo de entender el significado del ritual —fuera de lo corriente y, al parecer, de gran importancia— que el príncipe y su padre llevaron a cabo anoche.

A última hora de la noche, se presentó ante el príncipe un mensajero que le anunció:

—Es la noche de la Estrella Gitana.

Estoy seguro de que eso fue lo que dijo: Estrella Gitana.

El príncipe, que estaba descansando tras un agotador entrenamiento a caballo, llamó de inmediato a sus esclavos y éstos lo bañaron, lo perfumaron con aceites aromáticos y lo vistieron con una reluciente túnica escarlata (que parecía confeccionada en seda. ¿Habrá gusanos de seda en Athilán, o acaso las naves viajan hasta la lejana China?) y una pequeña diadema de plata. A continuación, Ram subió a la planta superior del palacio, donde arrancaba una es-

calera que conducía hasta un jardín en la azotea del imponente edificio.

En este jardín le aguardaba el rey Harinamur, ataviado con una túnica de seda aún más lujosa que la del príncipe y con una diadema de oro bellamente labrada. No había nadie más presente: ni sacerdotes ni esclavos.

Empezaba a caer la oscuridad cuando padre e hijo, con gestos rápidos, tomaron dos ramas largas y finas de una madera aromática de delicados colores que se guardaba en una leñera colocada junto a la pared y las dispusieron en un pequeño altar de piedra verde (¿jade?). Después, los dos esperaron de pie, absolutamente quietos, con la mirada fija en el cielo. Ambos miraban hacia el mismo punto de la cúpula celeste, casi directamente encima de sus cabezas, y noté que el príncipe Ram entraba en una especie de trance autoprovocado. El pulso se le aceleró, los ojos se le dilataron y la temperatura de su piel descendió.

Empezaron a aparecer las estrellas y las extrañas constelaciones del cielo paleolítico brillaron encima de nosotros. Ram tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos fijos en el firmamento, sin apenas parpadear.

—Ya la veo —murmuró al cabo de un rato con una extraña voz ronca, como la de quien habla en sueños.

—¿De veras? ¿Tan pronto? —respondió el rey—. Sí, claro. Tus ojos son jóvenes...

—Encima de la Gran Ballena. A la izquierda de la Espada.

—Sí, sí, ya la distingo. ¡Salve, Estrella Gitana!

—¡Salve! —musitó el príncipe—. ¡Salve, Estrella Gitana!

Y, tras el saludo, los dos entonaron un cántico lento, solemne, en el antiguo idioma sacerdotal.

Yo estaba demasiado asombrado, asustado incluso, para intentar penetrar en la mente de Ram y buscar el significado de la salmodia. Padre e hijo eran como dos estatuas, inmóviles salvo los labios; con la vista levantada hacia la estrella, elevaban hasta ella su plegaria en un murmullo.

Creo que sé qué estrella miraban: una muy brillante y gigantesca, que parecía despedir un fulgor rojizo. No soy astrónomo y no podría adivinar si se trataba de alguna de las que conocemos en nuestra época pero, en todo caso, el cielo sobre Athilán no se parece apenas al que vemos en nuestro tiempo presente.

Ram se sumió en un trance cada vez más profundo. A estas alturas parecía apenas consciente, lo mismo que su padre. La plegaria continuó, lenta y lúgubre, profundamente conmovedora aunque no alcanzaba a comprender una sola palabra de su contenido. Era una especie de poema largo y complicado. No; parecía más bien una oración por los difuntos. Mientras la declamaba, por las mejillas de Ram cayeron unas mansas lágrimas.

Luego, los dos hincaron la rodilla y prendieron fuego a las ramitas que habían colocado sobre el ara de piedra. Pronto, unas volutas de humo fragante se alzaron de la pira. Con gestos calmosos, Ram empezó a hacer trizas su espléndida túnica de seda; con idéntica calma, el rey le imitó. Padre e hijo rasgaron en tiras sus respectivas ropas y las arrojaron al fuego, quedando desnudos junto al altar, sin otra cosa encima que sus diademas de oro y de plata. Y, acto seguido, se quitaron también las diademas, las aplastaron con sus manos desnudas y las arrojaron a las llamas.

Con esto finalizó la extraña ceremonia, cuyo significado sigo ignorando.

Desnudos y aún en trance, el rey y el príncipe dieron media vuelta y regresaron lentamente al interior del palacio. Nadie se atrevió a mirarlos. Al llegar al enorme

vestíbulo, padre e hijo se separaron sin una palabra y cada cual se encaminó a sus propios aposentos. Ram volvió a su alcoba, se echó en la cama sin molestarse en rezar sus habituales plegarias nocturnas y cayó dormido al instante. Y así terminó el ritual de la Estrella Gitana.

No tengo idea de cuál era el propósito de la ceremonia. Sin embargo, no hay duda de que el príncipe la consideró más importante que cualquiera de los demás ritos religiosos en que ha participado desde que estoy con él. A estos últimos siempre ha asistido por mero trámite, como parte de las obligaciones de un príncipe. En cambio, la ceremonia de anoche le emocionó profundamente.

Le conmovió las entrañas. Y necesito saber por qué. Si me sintiera más animado, hurgaría en su mente hasta descubrirlo, pero ahora mismo no me atrevo a efectuar ningún contacto con él a este nivel. Sencillamente, no me atrevo.

Roy

7

Día once, Viento Occidental, Gran Río. Un gran día para mí.

¡Hoy ha llegado la primera carta tuya desde Naz Glesim, en la valija diplomática habitual! Debo de haberla leído una decena de veces. Ha sido una alegría increíble tener noticias tuyas después de tanto tiempo, de semanas y semanas encerrado conmigo mismo en la mente del príncipe Ram.

Es el momento de confesarte una cosa: me estaba poniendo un poco paranoico no saber nada de ti. Ya sé que los correos tardan una eternidad en llegar de un confín a otro del imperio y que no podía esperar, realmente, una respuesta tuya antes de estas fechas, pero aquí me tenías, enviándote un pergamino tras otro sin recibir a cambio ni siquiera una postal, por decirlo así, mientras el tiempo pasaba —muy lentamente, permíteme decirlo— y parecía que transcurrían años. Me preguntaba si estarías demasiado ocupada para escribir. O si, sencillamente, no querías molestarte. Y otros pensamientos indignos por el estilo. También me pasó por la cabeza la idea de si te habría sucedido algo terrible. Al fin y al cabo, el proceso del viaje en el tiempo no es seguro al ciento por ciento.

Cuando te escribía, guardaba todas estas preocupaciones para mí. O, al menos, lo intentaba. Pero ahora ya nada de eso importa porque sé que estás bien, que aún te importo y que has estado respondiendo a mis cartas tan pronto como has podido. Y que así lo sigues haciendo. ¡Cuántísimo me alegro!

Los funcionarios encargados de revisar la documentación que el gobernador provincial, Sippurilayl, remite a la capital desde Naz Glesim han debido de quedarse muy sorprendidos al desenrollar el pergamino enviado al príncipe Ram y descubrir que la misiva está escrita en unos caracteres misteriosos e incomprensibles. Sin embargo, han llegado a la única conclusión posible —que debía de estar escrita en clave y, por tanto, se trataba de algo muy importante— y se la han traído al príncipe inmediatamente.

Y ahora viene lo más espinoso del asunto. El príncipe ha echado un vistazo al pergamino, ha pensado que se trataba de unos garabatos sin sentido y, ante mi absoluto espanto, se ha dispuesto a arrojarlo al fuego. He tenido que tomar el control de su cuerpo y obligarle a sentarse de nuevo tras su escritorio, cara a cara con los funcionarios que le han traído el pergamino. Ram se ha detenido en seco, se ha debatido durante un segundo contra mi dominio y ha estado a punto de caer al suelo.

Dios sabe qué habrán pensado los demás que le sucedía. Otro ataque, tal vez. Ram tampoco lo ha entendido, pero les ha ordenado salir del despacho inmediatamente, quizá porque ha sentido vergüenza de que lo vieran dar tumbos de aquella manera y ha tenido miedo de que pudiera repetirse el ataque en los minutos siguientes.

En el mismo instante en que los funcionarios han abandonado la estancia, le he puesto en trance y he leído tu carta. Y la he releído una y otra vez, con voracidad. Era tan maravilloso tener finalmente noticias tuyas que he estado a punto de romper a llorar (¡por los ojos del príncipe Ram!). Por fin, tras haberme aprendido casi de memoria tus palabras, he hecho que el príncipe enrollara el pergamino y lo ocultara en la alcoba, donde guardo las cartas a la espera de enviártelas, y le he sacado del trance después de intentar borrar de su memoria cualquier recuerdo de lo que acaba de suceder.

Con un poco de suerte, no recordará nada de este extraño pergamino y de su misteriosa escritora. Lo más probable es que le quede una impresión vaga, nebulosa, de haber visto un documento que no tenía ningún sentido para él. Espero que el príncipe se convenza de que todo ha sido un sueño, igual que a veces uno sueña que coge un libro en griego o en árabe y, al menos en el sueño, es capaz de leerlo y entenderlo perfectamente, aunque al despertar no pueda recordar una sola palabra.

En cualquier caso, se te nota feliz, sana y en bastante buena forma, y me alegro por ti. Me alivia saber que el tiempo no es tan terrible como temía. Frío, sí, aunque esto era de esperar en la Europa de la era glacial, pero al menos no nieva tanto como lo previsto. La descripción de la casa donde vives, hecha por entero con huesos de mamut, resulta fascinante. Los cimientos de cráneos de mamut, las paredes de mandíbulas de este animal entrecruzadas, los enormes fémures formando la entrada... supongo que es lo que se entiende por una gran mansión en ese remoto Naz Glesim. Naturalmente, al gobernador athilante de la provincia debe corresponder el mejor alojamiento, y así parece suceder.

Es muy interesante lo que me cuentas del tipo feo, velludo y tosco de mentón pequeño y entrado y frente huidiza que habéis visto rondar por las afueras del poblado. ¿De veras crees que hay alguna posibilidad de que sea un hombre de Neanderthal? Según tengo entendido, los paleantropos se extinguieron ya hace mucho tiempo, al menos quince o veinte mil años antes de la fecha en que nos hallamos. Sin embargo, supongo que es posible que algunos de ellos sobrevivan todavía en los bosques apartados, vagando de un lado a otro como tristes parias marginados.

(Cada vez es más evidente, ¿verdad, Lora?, lo poco que se sabía en realidad acerca del hombre prehistórico antes de que se iniciaran los viajes de exploración en el tiempo. Naturalmente, lo único de que se disponía entonces era un pequeño número de esqueletos dispersos que habían sobrevivido aquí y allá por pura suerte, y un surtido de útiles y armas de piedra. Apenas con ello, se intentaba conjurar una visión de cómo fue la vida humana a lo largo de cientos de miles de años. Y supongo que fue una visión bastante precisa, teniendo en cuenta los datos de que se disponía. En cambio, ahora que podemos volver a la época y verla como era, qué diferente parece todo. El hombre de Neanderthal aún no ha desaparecido por completo, después de todo, silo que apuntas es cierto, y los Homo sapiens del Paleolítico poseen una cultura mucho más elaborada de lo que habíamos imaginado. Y además, por supuesto, está ese espectacular pueblo de los athilantes, cuya existencia no habíamos sospechado ni remotamente, el cual domina todo lo demás a base de una civilización tecnológica moderna en estos tiempos tan remotos. Con electricidad incluso, ni más ni menos.)

Ahora que tengo la seguridad de que mis cartas llegan hasta ti y de que puedes responderme, es probable que te escriba más. Y espero que tú lo hagas también. Como por arte de magia, tener noticias tuyas ha desvanecido la terrible sensación de soledad que me embargaba, la penosa soledad, la agitada inquietud por unos problemas de los que, en realidad, no era preciso que me preocupara. Estoy impaciente por recibir la próxima carta.

Por supuesto, es arriesgado, ¿verdad? No sólo porque tenemos que tomar el control del cuerpo de nuestros huéspedes para escribir sino porque, con todos estos extraños pergaminos escritos en un lenguaje desconocido viajando en una dirección y otra, es

probable que alguien termine por sospechar de algún acto de hechicería, de espionaje o de otro asunto de parecida gravedad. Supongo que podría provocar una investigación. Sin embargo, merece la pena correr el riesgo, ¿no crees? Estoy absolutamente convencido de ello. Recibir tu carta esta mañana ha sido uno de los grandes momentos de mi vida. Saber que te encuentras bien, enterarme de lo que has estado haciendo estas últimas semanas, leer esas palabras, «te quiero». Ahora anhelo recibir la próxima. Y la siguiente, y otra mas...

Ahora tengo que dejarlo. Seguiré más tarde.

Y ya es más tarde; un poco antes del alba.

Gran problema. El príncipe sabe que estoy aquí.

Aunque hace algún tiempo que no sondeo en profundidad su mente, por razones que ya conoces, no puedo evitar tener conciencia de las vibraciones mentales que emite. Percibo cuándo está excitado, enfadado, cansado, tenso... Es una emisión constante que capto automáticamente.

Hoy, un par de horas después del episodio de la llegada de tu carta y mi actuación para impedir que la arrojara al fuego, he empezado a detectar en él un humor nuevo y problemático. Era algo entre la ansiedad y la cólera y se hacía más intenso a cada momento, en una lenta y progresiva acumulación de tensión que tenía que conducir a algún tipo de estallido.

Producía escalofríos notarlo allí, consumiéndose como una bomba de relojería. He estado tentado de profundizar en él e intentar desconectar la mecha antes de que estallara, pero no sabía dónde hurgar ni qué desconectar. Así pues, he esperado con inquietud, preguntándome qué iba a suceder, mientras él seguía acumulando tensión.

Y entonces, por fin, me ha hablado (mentalmente, con voz alta y clara). Ha sido como si estallara una bomba ante mis narices:

—¿Quién eres, demonio, y por qué estás dentro de mí?

¿Recuerdas lo que te decía de que, en realidad, somos demonios que tomamos posesión de las mentes y los cuerpos de nuestros huéspedes? Así lo entiende también el príncipe Ram.

Me he quedado absolutamente desconcertado, sin saber qué decir, pensar o hacer.

También ha sido mi gran ocasión, si ha habido alguna, de entrar en contacto directo con el príncipe. Como sabrás si han llegado hasta ti mis cartas más recientes, hace días que me resisto a tal tentación. Con éxito. Este súbito disparo a ciegas del príncipe hubiera podido quebrantar fácilmente mi voluntad de resistencia al Síndrome de Culpabilidad del Observador. Pero no lo hizo. Cuando la suerte ha quedado echada, me he encontrado manteniendo pese a todo un completo silencio, como nos han enseñado en el entrenamiento. Me he mantenido aislado, dejando sólo un mínimo contacto con la mente del príncipe Ram.

Pero él ha insistido.

—Sé que estás aquí. Noto cómo te escondes en mi mente.

Y yo he permanecido callado. ¿Qué iba a hacer? ¿Decirle que estaba imaginando cosas? Cualquier contacto en ese instante habría tenido el efecto de ponerme al descubierto, de confirmar mi presencia.

—¿Quién eres, demonio? ¿Por qué me asaltas?

Momento a momento, Ram se ponía más excitado. Temblaba y se estremecía. El corazón le latía desbocado y el pulso era como un martilleo en las sienes. Hincando la rodilla, se ha cubierto el rostro con las manos. Luego se ha llevado éstas a ambos lados de la cabeza y ha empezado a apretar con tremenda energía, como si quisiera expulsarme de ella a pura fuerza de estrujar. Y ha volcado todo su poder de concentración en la tarea de expulsarme de su mente.

Por supuesto, nada de esto me ha afectado en modo alguno, pero me ha asustado el efecto de tanta tensión en el príncipe. Tenía contorsionado hasta el último músculo del cuerpo, los ojos se le salían de las órbitas, respiraba en furiosos jadeos y rezumaba sudor por todos los poros. Las hormonas del estrés inundaban su organismo. Todo su ser era presa de una violencia interna tal que producía miedo. Y yo no sabía si, en un estado como aquél, podía hacerse daño.

Pero sólo me quedaban dos opciones: manifestarme ante él o sumirle en un trance y tranquilizarle. He optado por lo segundo y Ram se ha derrumbado al suelo y allí se ha quedado, inmóvil.

Durante un rato he tenido miedo de hacer nada más. Luego, poco a poco, me he puesto a explorar los niveles superiores de su mente.

Y he descubierto que, como suponía, no conseguí borrar debidamente el recuerdo de cuando vio tu carta. Se acordaba imprecisamente del hecho, y también de esa carta mía anterior que llegó a ver mientras salía del camarote de la nave imperial el criado que me interrumpió. Esto último le llevó a pensar en el extraño traspié que había sufrido aquella tarde, en el «ataque» que había padecido cuando penetré en su mente, hace semanas, en el extraño dolor de los dedos y el brazo y en otras pequeñas curiosidades directamente relacionadas con mi presencia dentro de él. Y, pensando en todo ello, ha llegado exactamente a la conclusión correcta. El príncipe es un hombre muy inteligente, ¿sabes?

A esas alturas, no cabía pensar en anular todas sus justificadas sospechas hurgando en su mente, pues habría sido demasiado difícil y habría podido causarle graves daños. Tampoco lo podía dejar desmayado en el suelo. Así pues, me he dedicado a dar un toque aquí y allá y a devolver a la normalidad el flujo hormonal para dejarle lo más tranquilo posible. Después, lo he despertado del trance.

Ram se ha incorporado hasta quedar sentado, ha fruncido el entrecejo y ha sacudido la cabeza, pero no ha vuelto a intentar comunicarse conmigo. Se ha limitado a levantarse, deambular varias veces de extremo a extremo de la estancia, asomar la cabeza por la ventana e inspirar profundamente por tres veces. Luego ha llamado a su criado, le ha pedido una jarra de vino y ha tomado unos sorbos. A continuación, se ha sentado un rato con la mirada perdida y la mente casi en blanco. Por último, ha dicho sus oraciones, se ha metido en la cama y se ha sumido en un sueño profundo. Ahora está a punto de amanecer y aún no ha despertado.

A partir de este momento, toda mi misión está en peligro. Voy a tener que ir con sumo cuidado en todo lo que haga. Sé que Ram sigue convencido de que tiene dentro un demonio. Y no se equivoca. La intensidad de su reacción ha sido realmente aterradora. No quiero verlo presa de ataques parecidos, ni de una crisis mental que pueda afectar a su situación como heredero al trono. Probablemente, puedo correr el riesgo de continuar utilizándolo para escribir estas cartas en estado de trance, pero en todo lo demás debo permanecer oculto temporalmente. Si las cosas van a peor, tal vez incluso tenga que abandonar todo el proyecto y volver a nuestra época antes de lo previsto. Ya veremos. Cruza los dedos por mí, amor. Seguiré después, espero.

Aquí estoy, al día siguiente.

Se ha celebrado un ritual de exorcismo para expulsar-me de la mente del príncipe. Evidentemente, sin éxito. Pese a ello, mi situación sigue siendo muy precaria.

Lo primero que ha hecho Ram al despertar ha sido convocar al consejero Teneristis, visir del reino que ha sido mentor especial del príncipe durante muchos años. Teneristis es un viejo muy bajo y brusco, práctico y severo, con dos espesos mechones de cabello blanco e hirsuto que le sobresalen cómicamente a ambos lados de la cabeza como dos cuernos. Sin embargo, no hay en él un gramo de comicidad.

—Tengo un demonio dentro —le ha dicho el príncipe—. Vuelve oscura mi mente y me hace ver y hacer cosas que no comprendo.

—Entonces, irás al Laberinto —ha sido la respuesta inmediata de Teneristis—. Has pecado, o no te habría entrado ningún demonio. Y en el Laberinto expiarás tu pecado.

¡El Laberinto! ¡Evocaciones de Teseo y el Minotauro! Pero esto no es Creta y el mito de Teseo no nacerá hasta dentro de más miles de años de lo que me atrevo a pensar. El Laberinto de Athilán no es la prisión de un monstruo, sino un santuario localizado en un conjunto de cavernas oscuras y húmedas que se comunican entre ellas a media altura de la ladera del monte Balamoris. Mi impresión es que las cuevas son naturales, parte probablemente del complejo de conductos geológicos que se forma bajo muchos volcanes: todas esas galerías, conducciones y pasos que crea la lava en su avance. El volcán Balamoris lleva dormido mucho tiempo y los athilantes han acribillado estas conejeras de la ladera con una extensa red de capillas sagradas.

Es una montaña muy hermosa, tan pacífica y encantadora que uno llega a olvidar que un día, en un futuro muy próximo, va a revivir entre rugidos y destruir toda esta fantástica civilización.

De buena mañana, a solas en su montura, el príncipe avanzó bajo la bruma por las calles blancas y relucientes de Athilán, dejando atrás templos y palacios, parques y casas de campo, para ascender las exuberantes laderas verdes de las colinas al pie del Balamoris. Y allí dejó atado el caballo y se arrodilló a rezar. Luego, sin vacilaciones, se encaminó hacia la estrecha boca del Laberinto.

Esta era una rendija desnuda, sin marcas ni adornos, abierta a bastante altura en la falda de la montaña. Ram se introdujo por ella y se encontró en una cámara octogonal revestida de baldosas blanquiazules de la cual arrancaba un pasadizo pavimentado que conducía hacia abajo y hacia el interior de la montaña. La cámara estaba iluminada por tres lámparas eléctricas que despedían un intenso fulgor dorado, pero el pasadizo quedaba a oscuras más allá de los veinte primeros pasos. La penumbra le envolvió y, poco después, incluso esa penumbra dejó paso a una absoluta ausencia de luz. Durante lo que le parecieron horas, el príncipe descendió por el pasadizo en espiral, cada vez más abajo, dejando muy atrás el último rayo de luz y adentrándose en un reino de aterradora oscuridad.

En esa completa negrura, la única guía es la secuencia de finos altorrelieves tallados en las paredes. Uno avanza a tientas, buscando al tacto las viejas imágenes sagradas, «leyendo» los muros con las manos. El orden de estas imágenes sigue un patrón lógico que resulta comprensible para un athilante, aunque no para mí, y mientras uno sea capaz de recordar los párrafos oportunos de las enseñanzas religiosas que ha recibido, puede seguir encontrando el buen camino. En cambio, si uno se confunde incluso en el detalle más nimio, se pierde inmediatamente y sus probabilidades de volver a encontrar la salida quedan extraordinariamente reducidas. Así pues, al mandarlo al Laberinto, Teneristis había corrido un riesgo considerable con el heredero del trono.

El príncipe no parecía preocupado y avanzaba con zancada enérgica, pasando las manos por alguna que otra talla. Daba la impresión de saber qué debía esperar descubrir en su camino, y siempre lo encontraba. Sólo hubo un instante, un mal momento, en que hizo una pausa después de acariciar uno de los altorrelieves y una sombra de duda lo atravesó como una lanza, dejando un rastro de tensión hormonal en sus venas. Sin embargo, Ram se detuvo, respiró profundamente unas cuantas veces, se obligó a recobrar un estado de calma helada y tocó de nuevo la silueta en relieve.

Esta vez encontró la clave que le había pasado por alto momentos antes, una doble línea en zigzag a la izquierda de la imagen principal. Respirando más relajadamente, continuó adelante.

Y siguió descendiendo, cada vez más hondo.

Allí, la anchura del pasadizo era menor y el techo, más bajo. Ram tuvo que inclinarse hacia adelante y avanzar arrastrando los pies. El aire se hizo más caluroso. El príncipe no llevaba más que un taparrabo pero, pese a ello, quedó bañado en sudor. Aunque su mente estaba tranquila, fría y confiada, no lejos del centro de su alma notaba muy viva la conciencia del peligro que corría. Sólo con que tomara una vez el camino equivocado, se encontrarla irremisiblemente perdido y tendría una muerte horrible, a solas en aquella oscuridad sofocante, pidiendo a gritos algo que comer y que beber, un poco de luz...

Entonces, noté que su corazón se aceleraba de alegría y, de pronto, al doblar un ángulo pronunciado del pasadizo, fue a salir a un lugar donde de nuevo pudo ver algo.

Había llegado al final del camino, al núcleo del Laberinto, a la cámara penitencial.

Era una estancia circular de techo abovedado con una abertura en el suelo, en el mismo centro de la cámara. A través de esta abertura surgía una luz roja y parpadeante: el corazón en llamas del mundo, que resplandecía en las entrañas del volcán. Asomado al borde, Ram contempló —y yo con él— los charcos rojizos de lava flameante que se agitaba y burbujeaba perezosamente en el fondo, a gran profundidad, y de los cuales se levantaban continuas ráfagas de viento cálido. Viendo aquel lejano horno en plena agitación, supe que tenía ante mí la muerte de la Atlántida, esperando a desencadenarse con un estallido.

El príncipe se agachó allí, con la cabeza apoyada en las rodillas, y rezó unas plegarias pidiendo ser liberado del espíritu que lo había invadido.

Recitó los nombres de los dioses y pronunció los nombres de los reyes (los nombres secretos, los que habían llevado cuando eran príncipes, antes de convertirse en el siguiente Harinamur de la estirpe). Invocó a todas las fuerzas del universo para que le liberaran de...

De mi.

Las palabras continuaron surgiendo de su boca en un salvaje y vehemente aullido, extraño y sobrenatural.

—¡Me he desviado del camino de mis padres! —gritó entre sollozos—. No sé cómo, pero he pecado y he sido castigado por mis culpas, y ahora estoy maldito. ¡Oh, dioses, decidme cuál es mi penitencia! ¡Reveladme cómo puedo liberarme!

Y se arrodilló allí, temblando agitadamente pese al calor del volcán, a la espera de que la gracia de los dioses descendiera sobre él.

Durante un loco instante, llegué a creer que sus invocaciones darían resultado y que me vería arrancado de su mente y arrojado a algún limbo inconcebible. Fue una sensación terrible. A mi alrededor se formaron rugientes torbellinos y las paredes de la cámara parecieron cerrarse sobre mí. La montaña se comprimía a mi alrededor.

Ram parecía tener el dominio completo de la situación.

Ram y sus dioses. Lo noté buscándome dentro de su mente, tratando de atraparme y arrancarme de ella.

Tuve que luchar como... sí, eso es, como un demonio. Rechacé sus intentos, establecí bloqueos defensivos en torno a mí y huí por los pasadizos de su mente. Hubo momentos en que lo noté atrapándome, arrancándome de sí, expulsándome de su cabeza.

Supongo que debía de haber algún modo de retomar el control de su mente y mantenerle a raya, pero, en aquel instante, tal cosa me pareció imposible. Me batí en retirada. Durante un largo y alarmante momento, en aquella cámara calurosa y sofocante en el seno de la montaña, Ram llevaba la iniciativa y yo estaba impotente. Me encogí sobre mí mismo e intenté hacerme lo más pequeño posible dentro de él, mantenerme invisible, inencontrable.

Por fin, el momento pasó. Entonces me extendí de nuevo y volví a conectarme con su mente hasta encontrar los resortes para controlarla. Noté que la tensión disminuía y me sentí a salvo. Yo volvía a ser el conductor, y él era otra vez el vehículo.

Los torbellinos cesaron. Todo lo que se había cerrado sobre mí momentos antes empezó a retirarse. Al cabo de un rato, Ram se incorporó de su posición arrodillada.

Lo noté muy tranquilo, incluso relajado. ¿Acaso creía haber conseguido expulsarme? Tal vez. Tal vez. O quizá se sentía, simplemente, satisfecho de haber estado tan cerca de la victoria sobre mí. Movié los brazos adelante y atrás con alegría, estiró las piernas y llenó los pulmones como un atleta que acaba de terminar un partido agotador y empieza a descargar la tensión.

A continuación, con paso vivo, inició el regreso por el sinuoso pasadizo, esta vez cuesta arriba, palpando el camino talla a talla hasta que, en un tiempo sorprendentemente breve, alcanzó de nuevo la boca de la cueva.

Y, cuando salió a la brillante luz de la tarde, el príncipe volvió a hablar —para su fuero interno, dirigiéndose abiertamente a mí—, y éstas fueron sus palabras:

—De modo que ni siquiera el Laberinto surte efecto.

El pensamiento me golpeó como un mazazo.

—¡No me engañas, demonio! —continuó—. Sé que aún estás ahí Pero no permitiré que me domines. No te dejaré ser mí amo.

Noté que fluía de él una extraña nueva fuerza. Ahora Ram está dispuesto a combatirme hasta el final y yo soy consciente de ello.

¿Tiene alguna posibilidad de conseguirlo?

El príncipe es fuerte y duro, pero yo sé cómo influir y controlar su mente, mientras que él no sabe manipular la mía. No; en realidad, no tiene ninguna posibilidad. Allá abajo, en el Laberinto, estuvo cerca de conseguirlo. Pero no lo suficiente.

De todos modos, he notado su resistencia cuando le he puesto en trance para escribir la última parte de esta larguísima carta. He conseguido vencerla, desde luego, pero la próxima vez podría resultar mucho más difícil. Tengo en mis manos a un auténtico tigre.

La situación parece muy embrollada. Intentaré mantenerte al corriente. Aunque tal vez no resulte nada fácil.

Roy

8

Día dieciocho del Viento Occidental, año del Gran Río.

Cuando me despedí en la última carta, las cosas parecían estar bastante apuradas. Sin embargo, lo cierto es que he tenido unos días de respiro. Para mi sorpresa, el príncipe Ram se ha comportado como si el exorcismo del Laberinto hubiera surtido efecto realmente y el mal espíritu hubiera sido expulsado por completo de su alma. Al menos, esto fue lo que le contó al consejero Teneristis cuando regresó a palacio ese día, unas horas después. Y, desde entonces, no ha vuelto a intentar ponerse en comunicación directa conmigo.

Existen cuatro posibles explicaciones para su comportamiento:

1) Ram se ha convencido realmente de que el exorcismo dio resultado, a pesar de lo que me dijo cuando salíamos de la caverna.

2) Está tratando de confundirme para poder atacarme cuando crea que he bajado la guardia.

3) Tiene miedo de que Teneristis, al enterarse de que en el Laberinto no consiguió su propósito, lo envíe a otra peregrinación aún más peligrosa y agotadora que, en realidad, el príncipe no desea emprender.

4) Ante la proximidad del rito de la Unción —la gran ceremonia mediante la cual Ram se convertirá prácticamente en un segundo rey junto a su padre—, el príncipe no desea, simplemente, tener que distraer su atención del importante acto para pensar en el demonio que puede o no estar poseyéndolo.

Una o todas de estas cuatro explicaciones puede ser la acertada. O ninguna.

Si Ram piensa de veras que me he ido de su mente, ¿por qué dijo saber que aún estoy aquí? No tiene sentido. Y tampoco puedo aceptar fácilmente que le tenga miedo a Teneristis o a ninguna nueva penitencia que el consejero pueda imponerle. El príncipe no mostró la menor vacilación a la hora de penetrar en el Laberinto, ¿y qué podría haber peor que eso?

La teoría sobre el rito de la Unción tiene un poco más de consistencia. Es el principal acontecimiento de su vida hasta hoy. ¿Y si resulta de algún modo peligroso, o blasfemo, intentar someterse al rito mientras uno está poseído por un demonio? Quizá Ram está tan ansioso de recibir la Unción que no desea aplazar la ceremonia, como sucedería si le confesara a Teneristis que aún lleva en la cabeza a este testarudo demonio. Sin embargo, por otra parte, Ram es ante todo un hombre de honor. ¿Puede, entonces, ocultar el hecho de que el exorcismo no dio resultado y dejarse someter a una ceremonia de tan inmenso significado, cuando se halla en un estado impuro según el ritual?

Esto nos lleva a la teoría número dos, que desdichadamente parece muy posible. Ram ha sido educado para rey, y ello implica saber utilizar la astucia. Si tienes un enemigo molesto del que no puedes deshacerte, una manera de hacerlo puede ser fingir no prestarle atención y saltar re él cuando menos lo espere.

También cabe la posibilidad de que a Ram le preocupe este asunto de la posesión demoníaca pudiera descalificarle para el trono, que pasaría a su hermano menor, que por ello haya querido ocultar todo el tema bajo la alfombra lo antes posible.

Sea por la razón que sea, estos últimos días el príncipe permanece callado y tranquilo. Igual que yo.

Han pasado tres horas. Y todo ha cambiado por completo. De entrada, debes saber que el príncipe no está en trance mientras escribo esto. Ram está completamente despierto y consciente de lo que sucede aunque, por supuesto no tiene la menor idea del significado de las palabras su mano traza bajo mi control.

Tal vez esté cometiendo el peor error de mi vida. Y el último. Pero, por alguna razón, creo que todo va a salir bien. Deja que te cuente lo que ha sucedido.

El hecho que lo ha desencadenado todo ha sido la llegada de la valija diplomática de Naz Glesim. En ella iba la segunda de tus cartas, ésa en la que me cuentas lo de la caza del mamut. (Creo que hay que estar loco para salir a cazar unas bestias gigantescas como ésas en medio de una tormenta de nieve. Aunque estén convencidos de que el buen tiempo no volverá nunca si no salen de caza.) Como la vez anterior, el pergamino venía envuelto como si lo enviara el gobernador Sippurilayl e iba dirigido al príncipe Ram, de modo que los funcionarios encargados se lo han llevado directamente a su estudio.

Esta vez, el príncipe ha esperado a que salieran antes abrirlo. Yo he esperado también, pensando en tomar control de su mente y ponerle en trance antes de que empezara a desenrollar el manuscrito, pues no quería que mente guardara un nuevo recuerdo vago de haber visto o pergamino escrito en nuestro alfabeto. Sin embargo, Ram se me ha adelantado.

Sin desenrollarlo, lanzando el pensamiento directamente contra mí con la precisión y la fuerza de un rayo, me ha dicho mentalmente:

—¿Contiene esto otro de tus escritos diabólicos?

De modo que Ram sabía que yo seguía aquí. He guardado silencio y he intentado pasar inadvertido. No ha servido de mucho.

—Dime, ¿qué significa todo esto? ¿Acaso hay otro demonio dentro de/ gobernador Sippurilayl? ¿Qué os contáis un demonio a otro en vuestras cartas?

Acto seguido, ha abierto el pergamino y lo ha estudiado.

—Sí —ha añadido—. Lo que pensaba. Más signos diabólicos. Muy bien, demonio. No puedo expulsarte, de modo que debo intentar conocerte. Dime quién y qué eres, demonio. Te ordeno que respondas. ¡Te lo ordeno por todos los dioses!

Me he encontrado en una encrucijada. Podía dejarle sin sentido en aquel mismo instante e intentar, una vez más, borrar de su mente todo recuerdo de este último pergamino. Eso, o podía admitir la verdad —pese a lo que nos enseña el entrenamiento— y ver qué sucedía a continuación.

Pues bien, Lora, no lo he dudado ni un instante.

—No soy ningún demonio —le he dicho—. Soy un visitante de una tierra que queda muy lejos, al otro lado del tiempo.

Lo he dicho. Lo he dicho de veras. He descubierto todo el pastel.

Me ha parecido que no tenía otro remedio, Lora. Probablemente, no deberíamos haber empezado nunca este intercambio de cartas, pero lo hicimos —asumo la responsabilidad por ello—, y tanto el príncipe como, muy probablemente, el gobernador Sippurilayl han quedado expuestos a la visión de unos documentos redactados en nuestra lengua. Y el príncipe, al menos, ha conseguido descubrir que estaba sucediendo algo raro.

Supongo que, incluso a estas alturas, podría haberme internado en la mente de Ram para intentar eliminar de ella hasta el último dato relativo a mi presencia y a los pergaminos que había visto. Sin embargo, parece que no he tenido mucho éxito en mis anteriores intentos de borrar recuerdos de su memoria y, además, eran ya tantas las cosas a eliminar que ni por un momento he pensado que pudiera hacerlo sin causarle graves daños.

No he querido correr el riesgo.

He preferido quebrantar todas las normas, contarle toda la verdad y asumir las consecuencias de mi decisión, tanto aquí como en nuestra época.

¿Y cuál crees que ha sido la reacción del príncipe? ¿De perplejidad, sorpresa u horror? ¿Tal vez un simple bufido de ira y de mofa ante el pensamiento de que ci demonio que le poseía estaba loco, lo cual empeoraba todavía más las cosas?

Nada de eso. No se ha mostrado incómodo ni perturbado. Su reacción ha sido de gran calma, pragmática, casi despreocupada. Supongo que ésta es una de las diferencias entre los mortales corrientes y los príncipes que han sido instruidos toda su vida para gobernar un gran reino. Un príncipe debe saber mantenerse frío y sereno ante cualquier crisis, por extraña y sobrenatural que pueda resultar.

—¿De modo que procedes del tiempo en que los dioses habitaban la tierra? —me ha preguntado—. ¿De esa lejana época de oro?

—No. Vengo de un tiempo que todavía no existe.

—¿De un tiempo futuro, quieres decir?

—Sí, del futuro, eso es. De dentro de más de veinte mil años.

—¡Ah! ¡Qué extraño! ¿Y perteneces a nuestro pueblo?

La pregunta me ha hecho dudar.

—Me parece que no. No.

Con aire meditabundo, ha insistido:

—¿A la gente de/ fango, entonces?

—Tal vez. No puedo asegurártelo.

—...porque vienes de un tiempo tan lejano, ¿es eso?

—Sí —he respondido—. En veinte mil años cambian muchas cosas.

Su voz mental ha permanecido en silencio largo rato. Lo he notado sopesar la información que le acababa de dar, examinarla, rumiarla y digerirla.

Por último, ha vuelto a hablar:

—Si vienes de tan lejos, debes de ser un gran mago.

—En realidad, no. Pero me han enviado aquí unos grandes magos, es cierto.

—¿No eres un mago? ¿Sólo un demonio?

—Ni una cosa ni otra, príncipe Ram.

Tras meditar un momento mis palabras, ha insistido:

—Sigo creyendo que eres un mago. ¿Cómo te llamas, hechicero?

—Roy Colton.

—Sólo un mago tendría un nombre así.

—Pues es de lo más corriente, te lo aseguro.

—Es un nombre de mago —ha dicho el príncipe con firmeza—. No tengo la menor duda de ello. —Aún seguía absolutamente calmado—. ¿Y por qué has entrado en mi mente? ¿Qué buscas aquí, mago?

Su voz mental mantenía un tono relajado, coloquial, y me ha perturbado un poco la facilidad con la que parecía aceptar ahora mi presencia dentro de él. Al principio de constatarla había mostrado cierta inquietud, como es lógico, pero ahora no parecía tener ningún inconveniente en tolerarla. Parece que encuentra muy interesante la situación y no ha dejado de mostrar curiosidad por los dónde, cuándo y porqués.

¿Me estaría tendiendo alguna trampa?

No lo parecía. Cuando he tomado una lectura de sus sistemas endocrinos, bajo su apariencia de tranquilidad no he encontrado otra cosa más que tranquilidad. Tú o yo, si descubriéramos que algún fantasma inexplicable se ha instalado en nuestro cerebro, no reaccionaríamos con tanta calma. Imaginaríamos que nos hemos vuelto locos e ingresaríamos en el hospital más próximo para realizarnos un examen completo. Pero ésta es la ventaja, supongo, de vivir en un mundo donde los dioses son todavía seres vivos y reales y donde uno acepta que puede toparse de vez en cuando con un demonio o con un hechicero. Al príncipe Ram ni se le pasó por la imaginación pensar que había perdido la razón cuando empezó a escuchar voces dentro de su cabeza. Mi presencia dentro de él era, sencillamente, un reto al que se debía enfrentar, un problema que había de encontrar solución.

Su franqueza y su honestidad resultaban tremendamente atractivas. Ram sólo quería saber quién era yo y qué finalidad tenía mi presencia aquí.

De modo que se lo he contado todo. Me he saltado todas las normas del manual.

Le he contado que en la tierra del lejano futuro donde vivo hemos desarrollado la capacidad de enviar nuestras mentes hacia atrás en el tiempo. Le he explicado cómo empezó la investigación sobre el viaje en el tiempo, los primeros experimentos, los éxitos y los fracasos, los primeros intentos de saltos cortos de unas horas, unos días, unas semanas. He seguido narrando cómo, al dominar la técnica, empezamos a enviar voluntarios siglos atrás en el pasado, en forma de conciencia desencarnada, en saltos de cien, quinientos, mil años.

No sé si ha llegado a entender gran cosa de lo que le contaba, pero las fluctuaciones de sus niveles de hormonas indican que estaba fascinado, totalmente hechizado, cuando le decía que los exploradores del tiempo, al informar de sus experiencias, son capaces de evocar el pasado y hacer que parezca revivir.

Y luego le he hablado de Athilán («la Atlántida, como nosotros la conocemos», he precisado). Le he descrito cómo, al retroceder más y más en el tiempo en nuestra investigación, empezamos a recopilar detalles sueltos sobre la existencia de Athilán y le he hablado de cómo, entre todas las naciones del mundo antiguo, el imperio de Athilán había sido el más grande y, por tanto, era sobre el que más cosas deseábamos saber.

Al llegar a este punto he contenido el aliento, temiendo haber dicho demasiado. No quería tener que hablarle de la futura destrucción de esta tierra, de la desaparición completa, salvo algunos nebulosos recuerdos, del gran imperio que era Athilán. Pero, naturalmente, le había dado una gran pista. Si Athilán estaba casi totalmente olvidada en

mi época, ¿qué podía deducirse de ello, sino que había sido destruida en algún momento de la historia? Sin embargo, el príncipe estaba tan interesado en la idea de una conciencia vagando hacia atrás en el tiempo que ha pasado de largo sobre este punto tan evidente.

—¿Eres el primer mago de tu pueblo que visita Athilán?

—me ha preguntado.

—El tercero —le he contestado. Le he hablado del viaje pionero de Fletcher, y de Iversen, y de cómo la información que trajeron consigo resultó útil pero demasiado limitada, porque Fletcher se había instalado en la mente de un esclavo e Iversen en la de un tendero de escasas luces y ninguno de los dos había podido proporcionar muchos detalles acerca de la vida de los athilantes. Por eso se había realizado un intento deliberado de que el siguiente explorador en visitar Athilán penetrara y se instalara en la mente de algún miembro de la familia real.

—Y aquí estás —ha dicho entonces el príncipe.

—Y aquí estoy.

Nos hemos pasado charlando media tarde, las horas que normalmente el príncipe habría dedicado al ejercicio físico. Me ha abrumado de preguntas sobre el mundo del cual procedemos.

Le he descrito los teléfonos, la televisión, los transportes supersónicos y los satélites espaciales. Le he dicho que tenemos prospecciones mineras en la Luna y tres pequeñas bases científicas en Marte, y que se habla de enviar una tripulación para echar un vistazo de cerca a las lunas de Júpiter. También he tratado de explicarle cómo es nuestro sistema de gobierno y cómo se vive en un mundo que tiene varias grandes naciones en lugar de una sola y de qué manera hemos conseguido sobrevivir a los feroces conflictos que estuvieron a punto de acabar con todos nosotros a finales del horrible siglo xx.

No se ha mostrado escéptico sobre nada de cuanto le he contado. Supongo que no tiene ningún inconveniente en aceptar que unos magos capaces de mandar la mente de un hombre a veinte mil años en el pasado podrán también hacer máquinas que vuelen de Thibarak a Naz Glesim en un par de horas, o de mandar imágenes al otro extremo del mundo de forma casi instantánea.

Lo único que no ha digerido en absoluto es el concepto de unas elecciones democráticas. Quería conocer el nombre de nuestro rey y cuanto tiempo lleva reinando su familia.

—Allá, las cosas no funcionan así. En nuestra tierra escogemos a un nuevo gobernante cada cuatro años. Si gobierna con acierto, a menudo se le conceden cuatro años más. Después, elegimos a otro.

No ha habido modo de que lo entendiera, por mucho que se lo haya explicado de veinte maneras distintas.

¿Que el pueblo escoge al rey? ¿Que se permite a un extraño reemplazar a un gobernante en el cargo?

Ram estaba anonadado. Su cuerpo se ha puesto tenso y ha empezado a notar una dolorosa palpitación en la cabeza. Sólo se ha tranquilizado un poco cuando le he dicho que había otros países donde los gobernantes conservaban el poder muchísimos años; a veces, durante toda la vida.

Pero hasta el concepto de dictadura le ha sonado grotesco y penoso. Tomar el poder y declararse jefe supremo, para luego gobernar hasta que la gente se cansa de uno y le expulsa del mando, al tiempo que otro se alza y se proclama nuevo jefe supremo... no, no; el príncipe Ram no es capaz de digerirlo. Le parecía una muestra de locura. Nuestras maravillas tecnológicas, nuestra televisión y los viajes a Marte y el viaje en el tiempo... todo esto lo podía aceptar sin la menor sombra de duda. Pero nuestro sistema político, no.

Resumiendo, al día siguiente.

Después de lo anterior, Ram y yo nos hemos hecho camaradas. Nos hemos hecho grandes amigos. El príncipe acepta por completo mi presencia dentro de él; no le asusta en absoluto, sino que la considera algo magnífico. Para él, soy un mago del futuro lejano que vive dentro de su cerebro y que puede contarle toda clase de maravillas. Por supuesto, no tiene intención de revelárselo a nadie; es su pequeño secreto, para su exclusivo uso y disfrute.

Sé muy bien que haberle confesado la verdadera situación viola todas las normas que aprendimos en nuestro entrenamiento. Sé que va contra todo lo que nos enseñaron respecto al procedimiento a seguir. Sin duda, cuando regrese a nuestra época, esto me va a poner en la picota, de modo que mi revelación va a tener importantes consecuencias no sólo para mi futuro personal, sino también para nuestra vida juntos, Lora. No creas que no me preocupa lo que nos vaya a suceder, pero no pude evitar hacer lo que hice. Era la única salida honrosa que me quedaba: o reconocía la verdad, o corría el riesgo de destruir la cordura del príncipe.

En fin, tomé una decisión y ahora tengo que ceñirme a ella, aunque signifique la ruina de mi carrera.

Ram sabe que estás ocupando la mente del gobernador Sippurilayl. También sabe que nos comunicamos por medio de estas cartas y está dispuesto a ayudarme haciendo de amanuense. Que decidas revelar o no tu existencia a Sippurilayl es un asunto exclusivamente tuyo. Personalmente, no creo que debas. No tienes nada que ganar con ello y sí, en cambio, mucho que perder cuando regresemos a nuestra época. Al fin y al cabo, tú aún tienes un futuro en las exploraciones en el tiempo y debes pensar en él aunque yo haya echado a perder el mío.

¿Seguirás escribiéndome, sabiendo lo que sabes ahora?

Espero que sí. Me sentiría desolado si no lo hicieras, Lora. Por favor, no te inquietes pensando que mantener esta correspondencia conmigo te convierte en una especie de cómplice de mi quebrantamiento de las normas. Cuando regresemos a nuestra época, proclamaré a los cuatro vientos que la decisión de revelar mi existencia a Ram ha sido exclusivamente mía, que no la he consultado contigo y que, desde luego, no he recibido ninguna sugerencia tuya para que lo hiciera.

Como sabes, en ningún momento he tenido la intención de darme a conocer a Ram; sencillamente, las cosas han salido así. Reconozco que no he actuado como era debido y estoy dispuesto a afrontar las consecuencias, sean cuales sean, cuando llegue el momento. Sin embargo, debo decir que no acabo de ver qué mal hay en dejar que un príncipe de notable inteligencia conozca, en un pasado tan remoto, que los hombres del siglo XXI son capaces de viajar en el tiempo. El hecho de que Ram lo sepa no puede cambiar en modo alguno la historia, ¿verdad?

¿O sí puede?

En cualquier caso, lo hecho, hecho está. Ram ha pasado media noche despierto y hablando conmigo; me ha hecho un millón de preguntas, como si yo fuera un nuevo compañero de habitación en un internado. Se ha interesado por mi familia, por el lugar donde nací, por mi preparación como «mago», etcétera, hasta que ha empezado a desvariarse de puro cansancio y he tenido que sumirle en el sueño sin que se diera cuenta, por su propio bien.

Sí, señor, eso es lo que somos ahora: compañeros de habitación.

¡Qué extraño resulta todo esto, Lora! ¡Qué profundamente extraño!

Roy

Día veintidós, mes del Viento Occidental, año del Gran Río.

Noticias. Grandes noticias. En realidad, se trata de un descubrimiento pasmoso, abrumador. Un descubrimiento totalmente inesperado que, de pronto, hace encajar a la perfección todo cuanto parecía imposible de explicar acerca del imperio athilante.

Ahora que ya no tengo necesidad de ocultar mi presencia a Ram, me puedo desplazar con libertad por su mente. A él no parece importarle. No lo considera una invasión de su intimidad, pues no parece entender en absoluto el concepto de intimidad. O, si lo entiende, no le da ningún valor.

Una de las cosas que me interesaba conocer era lo referente al ritual de la Estrella Gitana.

¿Recuerdas esa misteriosa ceremonia que Ram y su padre llevaron a cabo una noche, el mes pasado? El rey y el príncipe mirando hacia el cielo, entonando solemnes plegarias en dirección a una estrella en particular, arrancándose las ropas y arrojándolas al fuego, destruyendo las diademas que lucían... Evidentemente, una ceremonia importante pero, ¿cuál era su significado?

Hace poco me deslicé a las profundidades de la conciencia de Ram para ver qué lograba averiguar al respecto. Y logré mucho más de lo que esperaba.

No es preciso que te diga que no se puede hurgar en una mente humana, sea la propia o la de otro, como se buscaría un dato en una biblioteca pública. La mente no tiene índices ni se puede consultar en ella un directorio como en los programas de ordenador. Supongo que en el cerebro todo está organizado sistemáticamente, pero todavía no ha nacido el genio capaz de descubrir cuál es ese sistema. Así pues, lo mejor que puede hacer uno es probar al azar e intentar establecer las conexiones necesarias.

Tanteé aquí y allá en la mente de Ram, buscando los recuerdos de la noche del ritual de la Estrella Gitana. Encontré muchas otras imágenes: la estancia en el Laberinto, un paseo por una playa espectacular de arenas blancas y aguas rutilantes, una cabalgada al galope por un claro de bosque... Y, por fin, allí estaba: Ram y el rey en la azotea del palacio, entonando la plegaria.

Aquel fragmento del archivo de memoria de Ram tenía una vibración especial, una resonancia distinta, un tono propio. Era como una de esas melodías perturbadoras que uno sería incapaz de cantar, pero que reconoce cada vez que la escucha. Yo tampoco puedo describirte la sensación que me produjo, pero sé perfectamente cuál era. Y, una vez experimentada, tuve un punto de referencia a partir del cual recorrí con rapidez diversas avenidas mentales con la esperanza de captar de nuevo en otra parte aquella vibración especial, que indicaría otro pensamiento relacionado con la Estrella Gitana.

Y la encontré. Surgió hacia mí desde una zona de su cerebro donde dormitan la historia y los mitos. Entremezclada con el recuerdo, me llegó una extraña imagen sombría: restos chamuscados, pedazos de cuerda quemada, fragmentos retorcidos de lo que parecían hamacas, alzándose de un mar de cenizas. Examiné la imagen con más detenimiento. Noté unos vientos cálidos y secos. Y en el cielo vi un gran sol rojo, muy hinchado.

Me acerqué más aún. Penetré en la imagen. Las cenizas se alzaron hasta convertirse en una misteriosa ciudad de juncos entretejidos. Edificios, calles, puentes... todo liviano, delicado, incorpóreo. Gente de expresión sombría caminaba en silencio por sus callejas estrechas y entrelazadas. A veces era de noche y un rosario de lunas resplandecientes colgaba del cielo. Luego, se hacía de día bajo aquel sol gigantesco y amenazador.

La gente tenía el mismo aspecto que los athilantes: cabello y ojos oscuros, tez morena, complexión robusta y hombros anchos. Me pareció ver a Ram por esas calles, y a su padre.

El sol se hizo aún mayor y el aire, más caliente. En los ojos de la gente que caminaba por las calles había terror. El mundo estaba llegando a su final. Pronto, el fuego barrería el

cielo; pronto, aquella delicada ciudad de carrizos entretnejidos se convertiría en el mar de cenizas que me había sido mostrado antes.

Vi unas naves despegando hacia el espacio. Una decena de ellas, algunas más tal vez, donde viajaban los pocos afortunados, elegidos al azar, que escaparían a la explosión del sol rojo.

Los demás... ¡ah, Lora!, supe muy bien qué sería de los demás y el corazón se me encogió de pena por ellos. Un mundo entero destruido. La Estrella Gitana enviando lanzadas de fuego a través del espacio. La extinción de toda vida. De toda, salvo la de quienes iban a bordo de esas diez o quince naves espaciales.

Llegó el momento de la devastación. Una luz terrible, como la furia de un millar de bombas atómicas al unísono, llenó el cielo. Pero las naves ya estaban lejos, a salvo, adentrándose en la inmensa oscuridad que se abría más allá del sol cegador y agonizante.

¿Comprendes lo que estoy diciendo, Lora?

Querida mía, estos athilantes son extraterrestres. Extraterrestres humanoides, tan parecidos a nosotros que es casi imposible advertir la diferencia, que llegaron a la Tierra a bordo de esas naves, refugiados de otro mundo a años luz del nuestro, que murió cuando su sol se convirtió en nova.

No es extraño que vayan tan por delante de los auténticos nativos del mundo paleolítico. Un milenio, tal vez tres, antes de la época que estamos visitando, descendieron inopinadamente del espacio a un mundo cuyos habitantes desconocían aún el uso de los metales, trayendo consigo una cultura capaz de construir naves espaciales preparadas para viajes interestelares. Es decir, una cultura aún más avanzada que la nuestra.

No es extraño que los hombres de Cro-Magnon y sus contemporáneos los consideraran dioses. En cierto modo, lo eran. Y construyeron una poderosa ciudad en medio de las tinieblas heladas de la Edad de Piedra terrestre.

Sus descendientes aquí, en Athilán, todavía recuerdan con pesar y angustia su antiguo hogar perdido, al que llaman la Estrella Gitana. Cada año, cierta noche, vuelven los ojos a las estrellas y entonan una plegaria por los muertos, en recuerdo de todo lo que fue suyo antes de que el sol rojo se hinchara en el cielo, antes de que su inestable estrella local estallase y destruyera su mundo.

Ahora entiendo por qué la gente de Athilán daba gracias por el regreso de Ram de tierras humanas cuando volvió a la ciudad procedente del continente, y por qué se refiere a los habitantes de éste como la «gente del fango».

Supongo que habrían podido encontrar algún término menos ofensivo que éste, pero queda claro que los athilantes se consideran los únicos humanos de verdad y que ven a los continentales, a los nativos de la Tierra, como una especie de seres inferiores de un mundo ajeno. En realidad no es el mismo tipo de racismo que fue tan común en nuestro mundo moderno. En éste, una parte de la especie humana se autoconsideraba superior a los demás miembros de la especie. Tal sentimiento de superioridad carecía de cualquier justificación, ya que todas las distintas razas de la Tierra moderna son sólo variantes mínimas de la misma especie, el Homo sapiens. En cambio, estos athilantes son realmente superiores. Y no son una mera rama especial del Homo sapiens. No pertenecen a nuestra especie, aunque tengan el mismo aspecto que nosotros, o casi. Son una especie totalmente distinta. No pretendo decir que el desprecio que muestran hacia los continentales tenga en absoluto nada de admirable o de bueno, pero al menos entiendo la razón de tal sentimiento. Y también pienso que, cuando traducimos sus palabras a las nuestras, los términos que utilizan pueden resultar un poco más despectivos de lo que realmente son para un athilante.

¿No te suena todo esto a una auténtica locura? Refugiados de las estrellas que viajan hasta aquí en naves espaciales, fundan una ciudad espléndida en esta isla paradisíaca

del Atlántico oriental y establecen un vasto imperio en pleno Paleolítico... Sin embargo, todo es cierto. He localizado los recuerdos de Ram de las crónicas históricas que estudió de niño. Probablemente, las encontrarás también en la mente de Sippurilayl si las buscas.

Y ahora sabemos por qué estas gentes están tan inconcebiblemente adelantadas respecto a todos los grupos humanos que existieron en la Tierra en tiempos prehistóricos. Los athilantes tenían una tremenda ventaja de partida.

La civilización athilante de la época en que estamos, Lora, no es ni con mucho tan adelantada como la que murió con la Estrella Gitana. A lo largo de los siglos ha perdido gran parte de sus antiguos conocimientos tecnológicos, quizá por desinterés o quizá, sencillamente, porque ha sido incapaz de readaptarlos a este nuevo mundo. Aun así, sigue siendo incomparablemente superior en facultades y logros a ese pueblo primitivo de cazadores al que domina.

Sí, parece demasiado fantástico para ser verdad. Parece un mito, una leyenda, un poema. Cualquier cosa, menos la verdad.

Pues bien, lo es. Estoy absolutamente convencido. Lo he hablado con Ram e insiste con toda vehemencia en que no es ninguna leyenda; que todo sucedió de verdad: la explosión del sol que destruyó su mundo, la migración a la Tierra, la construcción de Athilán en una isla deshabitada de la región más cálida del planeta... Los athilantes tienen crónicas detalladas y fiables que lo explican todo. Y los niños estudian la historia del cataclismo igual que nosotros estudiamos los viajes de Cristóbal Colón.

Busca en la mente del gobernador Sippurilayl los recuerdos de las lecciones de historia de su niñez. Ahí lo encontrarás todo, estoy seguro.

Y vaya historia tan tremenda, ¿no te parece?

Roy

10

Día cuatro del mes de los Días Dorados, año del Gran Río.

Espero que no te haya preocupado mi largo silencio. Aquí, todo va bien. Sucede simplemente que no he tenido muchas ganas de escribir.

Lo cierto es que me sentía algo avergonzado de mis dos últimas cartas, ésa en que confieso haber revelado mi presencia a Ram y la otra, en la que te hablo de mi descubrimiento del origen extraterrestre de los athilantes. (¿Has recibido ya esta última? Si no es así, lo que acabo de escribir te habrá causado una tremenda conmoción, supongo.) Tenía miedo de que cualquiera de estas cartas te convenciera de que había sufrido un ataque de locura, y de que me contestaras furiosa por haber roto las reglas del viaje en el tiempo, o diciendo que todo eso de que los athilantes proceden de otro sistema solar era la cosa más absurda y disparatada que habías oído en la vida. Por tanto, no me atrevía a escribirte otra carta hasta conocer tu reacción a las anteriores.

Pues bien, por fin ha llegado tu respuesta a la carta de «se lo he contado todo a Ram». Me produce un alivio inmenso saber que no estás enfadada conmigo, Lora. Me hace ver de nuevo lo maravillosa que eres. Y hace que me dé cuenta de por qué te quiero tanto.

No hay duda, como dices, de que cuando regrese a nuestra era me voy a ver en un buen lío. Pero también reconoces, como esperaba que harías, que contarle la verdad a Ram era mi única salida honrosa. Sencillamente, no podía permitir que el heredero al trono continuara creyéndose poseído por un demonio y visitara a toda suerte de hechiceros para que lo exorcizaran.

Veo que no haces ninguna mención a la otra gran revelación, de lo que deduzco que aún no has recibido mi segunda carta, aunque ahora podrás hacerte una idea de su contenido por lo que te cuento en ésta. En cualquier caso, te diré que he realizado

muchas más investigaciones. Ram me ha llevado por los archivos reales, que contienen registros extremadamente minuciosos de todos los acontecimientos de la historia athilante, y no me queda la menor duda de que la historia de la emigración interestelar es cierta. Ram y su pueblo proceden realmente de otro mundo.

Los athilantes llevan mil ciento cuarenta y tres años en la Tierra. Harinamur —el primero— era el capitán de la flota espacial que los trajo aquí. Sólo emplearon treinta y un años en la travesía, lo cual significa que debieron de viajar a la velocidad de la luz, o muy próximos a ella. Y ello supone una tecnología mucho más avanzada que la nuestra, al menos en lo que se refiere a viajes espaciales, ya que no hemos conseguido alcanzar velocidades ni con mucho parecidas y aún estamos limitados al sistema solar. Por el momento, en cualquier caso.

Efectuó el viaje un total de dieciséis naves. Ninguna de ellas existe ya, pues fueron desmanteladas y recicladas por entero durante los primeros años de la colonia, cuando escaseaban los metales. Al aterrizar aquí, sabían que iban a quedarse, que no volverían a viajar entre las estrellas nunca más.

La gente de nuestra época debería poder comprobar todo esto mediante observaciones astronómicas. No puede haber muchas estrellas rojas en un radio de treinta y un años luz con antecedentes de inestabilidad, y quizá se pueda determinar cuál de ellas se convirtió en nova hacia el año 20000 a. de C. Entonces sabremos dónde estuvo la Estrella Gitana. Cuando seamos capaces de fabricar naves espaciales lo bastante rápidas como para viajar a otros soles, lo cual supongo que sucederá dentro de un siglo, más o menos, contando desde nuestra época, estaremos en disposición de enviar una expedición en busca de las minas chamuscadas de la civilización que vivió allí un día, y confirmar toda esta historia.

Pasaré ahora a otros asuntos.

El príncipe y yo nos llevamos muy bien. Ram se siente completamente cómodo con la idea de compartir su cuerpo conmigo. Mientras lleva a cabo sus tareas principescas cotidianas, va comentando y explicando todo lo que hace. He aprendido muchísimas cosas acerca de las rutas comerciales del imperio athilante, de su historia y de su religión. Espero poder conservarlo todo en mi cabeza hasta la vuelta a nuestra época. (Es una auténtica lástima que no podamos tomar notas y llevárnoslas a nuestro regreso aunque, al menos, hemos recibido un buen entrenamiento sobre cómo emplear la memoria.)

Ram también me interroga sobre nuestra época. El futuro en el cual vivimos es para él una especie de fantasía.

—un tiempo en el que ocupan la tierra miles de millones de personas y en el que existe toda clase de culturas distintas— y su afán por conocer detalles acerca de él es tremendo. Quiere que le hable de planificación urbanística, de nuestras artes y religiones, de deportes, de automóviles y aviones, casi de cualquier cosa. Creo que sospecha que estoy inventando parte o tal vez todo lo que le cuento. Y hay momentos en que yo mismo casi me convenzo de que así es; nuestra época me parece terriblemente lejana, terriblemente irreal. Después de los meses pasados aquí, a veces pienso que sólo Athilán es real y que todo lo demás es un cuento de hadas. He oído que carecer de un cuerpo propio provoca estas sensaciones.

Se prepara un gran acontecimiento, el ritual de la Unción. Ya están en marcha los preparativos y toda la ciudad participa en ellos.

Recordarás que ésta es la tercera de las cuatro grandes ceremonias —después del ritual del Nombramiento y del rito del Vínculo—, a las que debe someterse un príncipe antes de convertirse en Gran Darionis de Athilán. Al parecer, en el rito de la Unción, el heredero al trono recibe ciertas grandes revelaciones que todo rey debe conocer. Ram no tiene idea de cuáles puedan ser estas revelaciones, pero la perspectiva de conocerlas lo tiene tremendamente excitado.

Y debo reconocer que a mí también.

Quedan pocas semanas para la fecha y tanto al príncipe como a mí nos va a costar mucho esperar a que pasen los días.

Lo único que temo ahora es que los controladores de nuestro viaje vayan a echarme el anzuelo y devolverme a nuestra época justo antes de la ceremonia. Me produce una gran inquietud saber que el plazo se está terminando y que tal vez no llegue a descubrir nunca qué misterios esconde ese rito.

¿Cuánto tiempo de estancia aquí me queda, en realidad? Ésta es la gran pregunta. No lo sé. Recordarás que en una de mis primeras cartas te decía que había perdido la cuenta de los días transcurridos. La información que me enviaste al respecto me ayudó un poco, pero no lo suficiente. Tal vez sólo me quede una semana. Además, tampoco tengo claro qué día, exactamente, se supone que los controladores nos devolverán a nuestra época. «Seis meses», nos dijeron, pero tal plazo, ¿hay que contarlo estrictamente, día por día, o es más bien un período aproximado? Así pues, quizá disponga todavía de quince días, un mes o quizá seis semanas. No tengo idea. Y quiero quedarme aquí todo el tiempo que pueda, Lora. Por razones obvias, no tengo muchas ganas de volver y afrontar las consecuencias de mis actos. Todavía no. Hasta que haya aprendido todo lo posible acerca de este lugar. Y tengo la intuición de que el ritual de la Unción va a explicarme muchas cosas.

Espero tener noticias tuyas muy pronto. Con todo mi amor...

Roy

11

Día treinta y seis, Días Dorados, Gran Río. He mantenido otro largo silencio, lo sé, pues he aguardado a estar en condiciones de describirte el ritual de la Unción. Bien, la ceremonia ya se ha celebrado, hace tres días, y los misterios han sido revelados. Ha sido una celebración tremenda... y también terriblemente perturbadora. Una experiencia fantástica, totalmente sobrecogedora; una de esas cosas que se apoderan por completo de uno y no le sueltan. Tanto el príncipe Ram como yo mismo quedamos profundamente conmocionados por lo que vivimos y por eso he necesitado unos días para meditar sobre lo sucedido, para asimilarlo y para entender mis propias reacciones y sentimientos. Aunque aún hoy no estoy seguro de haberlo comprendido por entero.

Veamos... ¿por dónde puedo empezar?

Por el principio, supongo. La mañana del día del ritual de la Unción. Era uno de esos espléndidos días primaverales de Athilán, con su cálido sol dorado y su cielo despejado, azul y vigorizante, que parecen contradecir el hecho de que estamos en plena era glacial. (En Athilán, todos los días son primaverales. Algo parecido a los mejores días californianos, pero aún más delicioso.)

El príncipe había ayunado todo el día anterior y había permanecido despierto toda la noche, entre cánticos y rezos. Durante ese tiempo no establecimos el menor contacto entre nosotros. Yo me concentré en permanecer bajo el umbral de su conciencia, pues era evidente que Ram no quería ser molestado y yo no quería tampoco perturbar su atención.

Al amanecer, sus esclavos personales le condujeron a la gran cámara de baño del palacio, toda ella de mármol, donde lo lavaron y lo ungieron con perfumes y aceites. Después lo vistieron con una espléndida túnica de algodón blanca ribeteada en púrpura y adornada con ricos brocados e hilos de oro. Después del baño, Ram acudió a una capillita muy austera de la planta baja, donde permaneció un rato rezando ante una columna de brillante piedra negra.

A continuación, acudió a verle su familia: primero su hermana, la princesa Rayna, seguida de su hermano menor, el príncipe Caiminor, y de su madre, la reina Alirain, a la que yo no había visto todavía. (Es una mujer de gran belleza, delgada, majestuosa y muy regia. Al parecer, Alirain acababa de regresar de un retiro espiritual en la costa norte de la isla.)

Al llegar ante el príncipe, cada uno de sus parientes, incluso su madre, hincó la rodilla y, con las manos extendidas y en silencio, le ofreció una taza poco honda de piedra rosa pulimentada que contenía una pequeña cantidad de un vino aromático. Ram apuró cada taza con gesto solemne. Uno de los vinos era tinto, otro era dorado y el tercero apenas tenía color. Cada uno le afectó de una manera ligeramente distinta. La suma de los tres no le embriagó en absoluto —los vinos de Athilán no parecen emborrachar a nadie— pero, aun así, transformaron su ánimo proporcionándole un brillo, un resplandor, del que carecía hasta aquel momento.

Después, se presentó ante él su padre, con la cabeza descubierta pero ataviado con la túnica real más suntuosa que se pueda imaginar, de un vivo color púrpura con grandes hombreras de un escarlata intenso y flameante. El monarca se detuvo ante su hijo como un dios. No pronunció palabra, sino que se limitó a tenderle la mano, a tirar de él para que abandonara la capillita y acompañarle al exterior del palacio, para descender juntos la interminable escalinata hasta la gran plaza. Allí aguardaba una carroza tirada por dos de esos caballos menudos y bravíos que emplean los athilantes.

Todos los habitantes de la ciudad parecían haber acudido a presenciar el paso de la comitiva real, cuyo recorrido trazó un gran círculo por las calles. Primero fuimos hacia el oeste por el paseo del Cielo, casi hasta el puerto, y luego seguimos hacia el norte por un amplio bulevar curvo, pavimentado de brillantes baldosas rosadas, que recibe el nombre de avenida de los Dioses. Por todas partes se apiñaba una multitud vociferante que aclamaba a Ram.

—¡Thilay! —gritaban—. ¡Alteza! —Y también—: ¡Stolifar Blay! —que es una parte de su nombre secreto ceremonial y que significa «Luz del Universo». Este nombre, al parecer, sólo se pronuncia en voz alta el día de la Unción.

El propósito del desfile, que se prolongó varias horas, era simplemente presentar a Ram ante el pueblo. A mediodía, volvíamos a estar casi exactamente en el lugar del que habíamos partido, en la zona de templos y palacios del centro de la ciudad. El sol estaba alto y su fulgor se reflejaba en las fachadas de piedra blanca de Athilán.

Nos dirigimos entonces hacia el lado oriental del barrio sagrado, donde el terreno empieza a empinarse hacia las colinas al pie del Balamoris. Allí, dominando toda la ciudad, está la magnífica plaza de las Mil Columnas, uno de los espacios públicos más espléndidos que ha poseído nunca ciudad alguna. Justo detrás de la plaza, en su extremo norte, se alza un pequeño edificio poco llamativo, sin ventanas, construido con grandes bloques de granito negro. Es la Casa de la Unción, donde son conferidos los poderes reales a los miembros de la familia gobernante de Athilán.

Ram y su padre penetraron en el edificio codo con codo, descalzos. El interior estaba a oscuras, salvo un único rayo del sol de mediodía que penetraba por una abertura dodecagonal del techo. El rey y el príncipe se tocaron las yemas de los dedos ceremoniosamente y se fundieron en un abrazo. Luego, el monarca abandonó el recinto.

Ram se arrodilló bajo el rayo de luz.

De la oscuridad del fondo surgieron tres figuras con la indumentaria de sacerdotes. Unas máscaras blancas y lisas, sin más rasgos que dos rendijas para los ojos, ocultaban por completo sus rostros. Las tres figuras se acercaron al arrodillado príncipe y le untaron ligeramente la frente con un aceite denso y dulzón. Era la Unción. Tras esto, las figuras enmascaradas entonaron un pausado cántico rítmico en esa forma arcaica del idioma athilante que utilizan en la poesía épica y en las escrituras religiosas y que, como el latín en nuestros días, casi nadie entiende realmente. Ram, desde luego, apenas logró

comprender alguna frase suelta; todo eran tópicos sobre la elevada herencia real que recibía, las graves responsabilidades que iba a asumir, etcétera.

Después, como habían hecho horas atrás sus hermanos y su madre, cada uno de los sacerdotes le ofreció por turno un cuenco poco profundo de piedra pulimentada para que bebiera su contenido. El vino, si tal era, poseía un sabor ligero y picante y presentaba un leve burbujeo.

Los sacerdotes se retiraron y Ram, aún de rodillas, aguardé con la cabeza baja.

Muy lentamente, le invadió una oscuridad, una sensación de mareo. Un estado de sopor empezó a adueñarse de su mente. El fino rayo de luz dorada que caía sobre él perdió intensidad y, en las negras profundidades de la Casa de la Unción, empezaron a agitarse remolinos de color como olas, como cortinas hinchadas al viento.

Ram empezó a tener visiones.

Al principio, todo era turbulento y confuso. Después, la mente del príncipe se convirtió en una pantalla y Ram —y yo con él— vio el cielo nocturno, la inmensidad del espacio, el paso veloz de los asteroides, las estrellas y galaxias, los grandes cometas que atravesaban el cielo a intervalos...

La imagen cambió. La mente de Ram descendió hacia la superficie del viejo mundo de la Estrella Gitana, tal como era antes de su destrucción. Las casas de juncos, las calles de carrizos entretejidos, todo flexible y dúctil, mecido por la más leve brisa. Y las gentes, dedicadas tranquilamente a sus asuntos, viviendo felices y ocupadas...

Hasta que el sol empezó a hincharse. Hasta que aquel inmenso ojo encarnado llegó a llenar el firmamento y...

Inmóvil, impasible, el príncipe Ram —y, siempre, yo con él— contemplé una vez más la destrucción del mundo original de su pueblo. Las plegarias, los gritos, el viento seco, el calor abrasador, el pálido penacho de llamas inicial, el humo alzándose de las casas y, finalmente, el holocausto: un mundo en llamas, transformado en cenizas en un instante mientras las dieciséis brillantes naves estelares se adentraban desesperadamente en el espacio con su pequeña carga de afortunados fugitivos...

Luego, presenciamos la emigración. Los años de vagar por el espacio en busca de un planeta habitable. El maravilloso primer avistamiento de la Tierra, azul y reluciente en la negra noche interestelar. El aterrizaje del grupo de exploración y su recorrido por los continentes yermos y helados en busca de un lugar donde pudieran vivir los athilantes. El descubrimiento de la isla cálida y acogedora, bañada por el benigno océano. El descenso de las dieciséis naves para conducir por fin a los viajeros hasta su nuevo hogar.

El príncipe Ram y yo fuimos testigos oculares, en unos breves instantes, de toda la historia de su raza. El vino, droga o lo que fuera que había tomado en aquellos cuencos de piedra poco profundos, le había desligado de las ataduras del tiempo y le había hecho vagar sin trabas a través de las eras, recorriendo todo el pasado sin frenos ni limitaciones.

Vimos la construcción de la ciudad. Harinamur, el Rey Único, el primero, entre su pueblo, trazando las avenidas y los paseos, escogiendo los emplazamientos para los templos, los palacios, los parques y los mercados. Obreros equipados de ingeniosos instrumentos y dedicados a tallar losas de mármol en las canteras de las colinas. La nueva ciudad no se parecía en nada a su antiguo hogar en el planeta de la Estrella Gitana. Allí, todo era flexible, delicado y maleable. Aquí, todo se edificaría en piedra.

La ciudad terminó de erigirse y la población de Athilán se extendió desde ella hacia las heladas tierras del interior, y se dio a conocer al pueblo salvaje que vivía en ellas, y creó un imperio unido por las primeras carreteras y las primeras naves que veía este mundo.

Contemplamos el crecimiento de la ciudad. Seguimos su florecimiento. El brillo del sol se reflejaba en los palacios de piedra blanca y magníficas mansiones se encaramaban por las verdes laderas del monte Balamoris. El puerto estaba abarrotado de naves que traían mercancías y bienes de todos los rincones de aquel planeta espléndido e intacto.

Y entonces... entonces, todo cambió. En un momento. En el tiempo de un parpadeo.

Primero se produjo un oscurecimiento del cielo. Después, un penacho de humo negro surgió de la cima de la montaña. Bajo los pies se apreció un súbito temblor. El cambio en el tono de la visión me pilló desprevenido. Ram, concentrado en sus sueños del pasado, no tenía la menor idea de lo que se preparaba pero yo, al cabo de un instante, lo comprendí con toda claridad.

Me di cuenta de que, en aquella ceremonia de la Unción, el príncipe no sólo era capaz de viajar en el tiempo hacia atrás, sino también hacia el futuro. Acababa de tener una visión de la fundación de la gran ciudad, y ahora le iba a ser mostrada su destrucción.

¡Ah, Lora, si hubiera estado en mi mano ahorrarle aquel instante! ¡Si hubiera podido taparle los ojos para evitar que presenciara la muerte de Athilán, te aseguro que lo habría hecho! Sin embargo, no tenía modo de hacerlo.

En aquel momento, yo no era sino un insignificante pasajero encogido en un rincón de su mente visionaria.

Así pues, Ram y yo contemplamos juntos la escena.

Las llamas, surgiendo de la montaña. Un humo gris y sucio empañando el cielo azul. Una inesperada granizada de pequeños fragmentos de piedra pómez lloviendo sobre la ciudad. Después, unas densas nubes de cenizas alzándose del volcán, acompañadas de poderosos temblores subterráneos. Enormes losas de mármol desprendiéndose de las fachadas de los edificios. Los pilares de la plaza de las Mil Columnas meciéndose alocadamente de un lado a otro, para caer por último como si las derribara un gigante con el canto de la mano.

La tierra temblando, hinchándose, abriéndose; grietas en las calles, hundimientos de casas, calzadas y aceras desapareciendo en unos abismos recién formados...

El cielo, ennegrecido.

El mar, alzándose...

Un gran gemido, aterrador, hendiendo el aire procedente, no de la garganta de la espantada multitud athilante, sino de la propia tierra. Llamas por todas partes. El rugido del agua al contacto con la lava. Las lenguas de roca fundida derramándose por la falda del monte e invadiendo la ciudad. Terremotos, inundaciones, erupciones volcánicas, todo a la vez. Destrucción por todas partes. Ruina y muerte. Aniquilación.

Un puñado de naves zarpando del puerto, luchando contra la fuerza inimaginable de las olas. Un triste grupo de refugiados huyendo una vez más para salvarse mientras Athilán es reducida a ruinas como un día lo fue el planeta de la Estrella Gitana.

La superficie de la tierra se hunde, cae sobre sí misma como si todo cuanto la ha sostenido hubiera desaparecido en la erupción. El mar invade la tierra y nada puede contenerlo. Ahora se oye otro sonido distinto, un ruido agudo y tenso, como el zumbido de un insecto gigantesco, que se hace más y más estridente, hasta llenarlo todo y no dejar espacio en el mundo para nada más. Es el sonido de la ciudad agonizante. Y cuando cesa, con terrible brusquedad, se produce un chasquido de silencio seguido de una gran calma.

El silencio continúa.

El cielo vuelve a estar despejado, azul bajo el sol dorado, y ante nosotros se extiende la inmensidad del mar.

De la isla de Athilán no queda el menor rastro. Ha sido devorada, engullida. Se ha desvanecido bajo la superficie de las aguas como si jamás hubiera existido.

La visión terminó y Ram permaneció inmóvil. Hincó la rodilla como si lo hubieran molido a palos y por su mente aturdida pasaron una y otra vez las escenas espantosas de las últimas horas de Athilán.

Después, se abrió la puerta de la Casa de la Unción y se presentaron de nuevo los tres sacerdotes enmascarados. Con ellos venía el rey. Este no llevaba máscara y en su rostro había una expresión adusta y severa cuando se arrodilló junto a su hijo y, amorosamente,

le ayudé a incorporarse. Por su mirada, supe que el rey sabía qué acababa de ver su hijo. También él lo había presenciado años antes, el día de su propia Unción.

De modo que éste es el misterio que se revela a los príncipes de este imperio cuando entran en la edad adulta. Son liberados de las limitaciones del tiempo —ni tan sólo puedo imaginar de qué modo— y flotan libremente por la historia, hacia atrás y hacia adelante. Y conocen el destino que aguarda a la más espléndida de todas las ciudades.

¡Qué revelación tan abrumadora! ¡Descubrir que todo esfuerzo es vano, que la disciplina y la ambición, la dedicación y la planificación, las plegarias y los ritos, sólo conducen a la muerte por el fuego y la destrucción por el agua! ¿Por qué, entonces, molestarse en asumir la carga de ser rey? Nada tiene sentido. Nada que uno pueda lograr podrá resistir a la furia que se desencadenará. La tierra de uno se hundirá en el mar y su recuerdo se borrarán. ¡Qué lección tan devastadora!

No era extraño que Ram se hubiera quedado allí, encogido, transido de sorpresa y de abatimiento.

Cuando abandonó la Casa de la Unción con su padre y los tres sacerdotes, caminó como debe andar un príncipe, con la espalda erguida y los hombros hacia atrás, pero su mirada era sombría y su mente aún estaba bloqueada de pesar, tormento y absoluta desesperación. Y así ha permanecido los últimos tres días, envuelto en una nube al parecer infranqueable de desánimo y depresión. No habla con nadie, no come nada y no se mueve de su habitación.

No puedo decir que yo me sienta mucho mejor. Las ondas de pesar, desconcierto y horror procedentes de la mente de Ram me han afectado y mi talante es lúgubre y pesimista. De nada me vale intentar engañarme con pequeños trucos para recobrar el ánimo, pues me he visto enfrentado —forzosamente— con la verdad última de las cosas. ¡Qué lugar tan oscuro y cruel es el mundo, pese a toda su belleza y todas sus maravillas! Estamos rodeados de milagros —¡una telaraña es un milagro, Lora!—, pero también de violencia, locura, enfermedades terribles y muertes súbitas. La misma Naturaleza que nos da las montañas, los ríos y los verdes prados resplandecientes, nos trae también el huracán, el terremoto, el flujo de lava incandescente que avanza hacia la ciudad.

Que la Atlántida sería destruida un día no era ningún secreto para mí cuando llegué a esta época pero, a pesar de ello, resultó una experiencia verdaderamente terrible y me obligó a presenciar tan de cerca cómo era revelada la noticia de la inevitable destrucción de la ciudad a alguien que había dedicado toda la vida a prepararse para ser su monarca.

Ojalá pudiera hacer algo por él. Mis contados intentos de establecer contacto mental han sido rechazados con furibundas protestas. El príncipe precisa digerir todo esto por sí mismo, completamente a solas.

Supongo que los athilantes consideran la Unción como parte imprescindible de la educación de un futuro Gran Darionis pero a mí, en este momento, me parece una crueldad terrible y una desilusión innecesaria. Le deja a uno colgado en el vacío.

Todo el mundo busca algún modo de ver el futuro, desde luego, pero este pueblo posee uno auténtico, y contempla el daño que produce. Si yo fuera a convertirme en Gran Darionis de Athilán dentro de unos años, preferiría no saber que todo mi reino está condenado irremisiblemente a la desaparición.

Por cierto, Lora, que tuve tiempo de recibir tu última carta justo antes que todo esto se produjera.

Me alegro de saber que me respaldas en la teoría de que los athilantes llegaron aquí procedentes de otro mundo. Cualquiera otro se habría limitado a encogerse de hombros y decir que el pobre Roy había perdido la razón. Tú, en cambio, has decidido hurgar en los recuerdos de niñez del gobernador Sippurilayl y has comprobado que en las lecciones de historia recibió la misma información que Ram. Por supuesto, tal cosa no significa que sea

cierta, pero yo creo que lo es y parece que tú opinas lo mismo. Gracias por tu apoyo. Eres una buena compañera. Sí, señor. ¿Es preciso que te vuelva a decir lo mucho que significas para mí, lo mucho que te echo de menos, las ganas que tengo de verte otra vez?

Y gracias, también, por haberme puesto al día en el asunto de las fechas. Con los datos que me has enviado, he conseguido situarme por fin y calcularlo todo como debería haber hecho hace mucho. Veo que mi paso por la Atlántida está a punto de terminar. Seis días más, siete quizás, y nos devolverán a nuestros cuerpos dormidos en la era de la que procedemos. De modo que ya no tardaremos en volver a estar juntos. Lo cual me parece estupendo, desde luego. Sin embargo, me disgusta la idea de dejar la Atlántida en un momento así

¡Dios mío, ha sido tan poco tiempo!  
Con mucho, muchísimo amor, de

Roy

12

Día, cuarenta y dos, Días Dorados, Gran Río. Esta es mi última carta. Pronto estaremos en casa. En realidad, ni siquiera vas a tener ocasión de leer lo que te escribo, pues es imposible que este pergamino llegue a tus manos ahí, en Naz Glesim, antes de que regresemos a nuestra época. Pese a ello, necesito ponerlo todo por escrito, para clarificar las cosas en mi propia cabeza. Finjamos, pues, que vas a recibir estas líneas la próxima semana, aunque no será así. Aquí, al menos. En cualquier caso, conocerás en persona las noticias que aquí cuento dentro de unos días, cuando hayamos vuelto a nuestra época.

Lo primero que debo decir es que he vuelto a quebrantar las normas. Y lo he hecho a lo grande. Empiezo a pensar que sufro una especie de obsesión compulsiva que me hace ir contra todo lo que nos enseñaron en el entrenamiento para viajeros del tiempo.

Sucede que, hace unos días, tomé una decisión: ya que me quedaba tan poco tiempo de estancia en la Atlántida, antes de tener que marcharme salvaría la ciudad de la muerte y la destrucción que se ciernen sobre ella. Eso es; yo solo, sin más ayuda, evitaría la ruina de esta gran civilización.

No quiero decir con ello que conociera algún modo de desactivar el volcán o de impedir que se produjera el terremoto. Lo único que hice fue tratar de influir en el príncipe Ram, intentar convencerle de que ordenara una evacuación a otro lugar más seguro mientras aún hubiera tiempo.

Debo explicarte que Ram ya había salido de su estado de profunda depresión. La quinta mañana después del ritual de la Unción, el príncipe despertó con un ánimo alegre y absolutamente sereno. Rezó sus oraciones, nadó ochenta largos en la piscina de palacio, devoró un enorme desayuno, se reunió con su padre y abordó un montón enorme de informes oficiales que precisaban ser estudiados y aprobados. Era como si el rito de la Unción no hubiera tenido lugar jamás. Ram volvía a ser el mismo de antes. No quedó ni rastro de aquel estado de ánimo lúgubre, amargado y agónico que se había adueñado de él desde el día de aquella terrible revelación.

A lo que parece, se trata de una conducta típica del príncipe. ¿Recuerdas lo perturbado que se mostró al descubrir que tenía un «demonio» escondido en su mente? ¿Recuerdas que empezó a temblar, a agitarse y a apretarse violentamente la cabeza con ambas manos para expulsar-me? Poco después, sin embargo, se calmó por completo. Luego, en el Laberinto, volvió a excitarse mucho mientras trataba de conjurarme con el exorcismo pero, una vez se dio cuenta de que había fracasado en su intento de expulsarme, se

mostró de nuevo tan animado y tranquilo que hasta llegué a dudar de que supiera que yo seguía dentro de él. Sí: Ram es un tipo duro y muy equilibrado. Cuando surge de improviso algo extraño, le sobresalta y le afecta; sin embargo, gracias a su personalidad juiciosa y decidida, el príncipe se concentra en el asunto, consigue controlarlo y recobra su aplomo. Y todo vuelve a estar en orden para él.

—Has estado muy callado últimamente, mago —me dijo, una vez recuperado.

—Me parecía que no necesitabas nada de mí. Que ya tenías suficiente con lo tuyo.

—¿Tú también lo viste? ¿Viste la destrucción de la ciudad?

—Sí.

—¿Y qué piensas de ello, mago? Tú, que conoces lo que sucederá en el futuro, dime si esa visión fue real o sólo un mal sueño, una pesadilla destinada a ponerme a prueba.

Supongo que, en ese momento, podría haberle ofrecido un falso consuelo. Podría haber mentido diciéndole que aquella visión había sido un sueño febril, una alucinación, y que Athilán permanecería siempre en pie. Sin embargo, no soy muy bueno mintiendo y, además, comprendí que Ram no quería engaños, ni consuelo, ni nada que le aliviase a expensas de la verdad. Por lo tanto, le respondí:

—La ciudad será destruida, príncipe.

—¿Por completo?

—Sí, por completo. En mi época no se recordará nada de ella, salvo que un día existió. Y mucha gente opinará que incluso eso es una mera leyenda sin fundamento.

—Destruída y olvidada...

—Sí, príncipe Ram.

El príncipe permaneció un rato en silencio, pero me dediqué a analizar el flujo de sus reacciones y comprobé que no volvía al abatimiento que lo había atenazado en los días siguientes al ritual de la Unción. Ram estaba entero y sereno.

—¿Falta mucho para la destrucción, mago? —dijo al fin—. ¿Queda muy lejos en el futuro? ¿Diez mil años? ¿Cinco mil?

—Diez mil, tal vez. Quizá muchos menos.

—¿Quizá suceda este mismo año, incluso?

—No lo sé, príncipe.

—Un mago debe conocer el futuro...

—Pero que tú me llames mago no me convierte en uno de ellos. Lo que tú consideras «el futuro», para mí es un pasado remoto y brumoso. No tengo modo de saber cuándo pereció Athilán. Créeme, Ram.

Otro largo silencio y, luego, el príncipe murmuró:

—Te creo..., mago.

Y entonces, sorprendido de mis propias palabras, me oí decir:

—Ram, es preciso que salves tu ciudad mientras aún hay tiempo.

—¿Salvarla?, ¿cómo podría hacerlo?

—Abandona la isla. Conduce a tu pueblo al continente. Construye una nueva Athilán en otra parte, en algún lugar invulnerable. Así durará para siempre.

Noté que le recorría una oleada de estupefacción. Repito que yo mismo me asombraba de lo que estaba haciendo, Lora, pero no podía evitarlo. Era presa de un entusiasmo y una admiración absurdos hacia mi propio plan.

Incluso le indiqué dónde erigir su Nueva Atlántida.

—Ve al norte de África —le dije—. Es una tierra cálida. En ella hay un lugar llamado Egipto, por el que fluye un caudaloso río procedente del interior del continente. Vuestras naves pueden llegar con facilidad hasta allí navegando hacia el este y hacia el sur. La tierra es fértil, tiene acceso al mar y posee piedra con la que construir. Allí podréis crear un nuevo imperio diez veces mayor que éste; un imperio que se extienda por todo el mundo.

»O bien —añadí—, dirígete más al este, a otro lugar conocido como Mesopotamia. Allí hay dos ríos, también hace calor y la tierra es quizá más feraz, incluso, que la de Egipto. Y desde allí podréis expandiros hacia Oriente, a una tierra llamada India y a otra llamada China. En todos esos lugares estaréis mejor que en Europa, el continente que hace poco has visitado. Europa permanecerá atrapada bajo el hielo durante muchos miles de años. En cambio, China, India o Egipto...

Había perdido la razón, Lora.

Estaba interfiriendo de la manera más burda en el desarrollo del pasado. No sólo había abierto un contacto directo con mi huésped en el tiempo, sino que ahora intentaba convencerle para que tomara una decisión que, sin la menor duda, cambiaría todo el rumbo de la Historia. Llevado de mi entusiasmo, le estaba diciendo que fuera a fundar Egipto mucho antes de los faraones. O, mejor aún, que creara su nuevo reino en Sumeria o Babilonia y luego colonizara Oriente. Que estableciera un segundo imperio athilante (esta parte ni siquiera me preocupó, tan enloquecido estaba, tan ansioso por poder ayudar al príncipe y a su pueblo) que llegara a ser tan poderoso como para mantenerse y durar hasta lo que tú y yo consideramos tiempos históricos.

¿Qué te parecería eso? Un reino de tremendas dimensiones, regido por seres extraterrestres, que dominara el mundo durante los siguientes veinte mil años mientras nuestra historia «real» no tenía forma de desarrollarse. Un mundo sin Grecia, sin Roma, sin Inglaterra, sin Estados Unidos... sólo la eterna Athilán, todopoderosa, extendiéndose en todas direcciones y dominándolo todo. ¡Qué perspectiva! ¡Qué disparate, Lora!

Me ofrecí a trazar mapas para él. Le propuse darle lecciones de geografía. Le prometí estrujarme el cerebro buscando todos los detalles que pudiera saber sobre el Oriente Medio paleolítico.

Ram me dejó divagar un buen rato y, finalmente, comentó:

—Qué extraña visión, la tuya. Y qué plan tan prodigioso.

—Sí —contesté, seguro de haberle convencido. Pero él añadió:

—No obstante, mago, sabes bien que nunca haría una cosa así. Ni siquiera si hoy fuera ya el Gran Daríonis y supiera que la calamidad se abatiría sobre nosotros en el plazo de diez meses.

Su respuesta me pilló desprevenido.

—¿Que no lo harías?

Él se echó a reír.

—¿Por qué crees que los príncipes de Athilán reciben esa visión en el rito de la Unción?

—Bueno... será porque... yo diría... —respondí, cada vez más perplejo—. Si, esto es; me parece que la visión tiene por objeto preparar al futuro monarca para la erupción, por si ocupa el trono en el momento en que se produce la catástrofe. Para que pueda adoptar medidas de protección, disponer una evacuación ordenada y cosas así.

—No. Te equivocas de medio a medio.

—¿Por qué, entonces?

Ram hizo una pausa y, a continuación, declaró:

—Para enseñarnos que, pese a ser reyes, no somos nada en las manos de los dioses.

—No te entiendo.

—Entonces, no eres mago.

—Nunca he dicho que lo fuera.

—Los dioses —prosiguió el príncipe— han decretado que Athilán desaparezca un día, igual que decretaron la muerte por fuego del planeta de la Estrella Gitana. ¿No se te ha ocurrido pensar que también entonces sabíamos lo que sucedería? Y esta ciudad surgió de aquélla. De la grandeza perdida florece otra nueva. Entiéndelo, mago: es nuestro destino ser castigados de vez en cuando por los dioses, ser arrancados dolorosamente de nuestro hogar, tener que empezar de nuevo, tener que crear lo que no existe para

reemplazar lo que nos ha sido arrebatado. ¿Crees que nos atreveríamos a desafiar a los dioses? ¿Piensas que osaríamos contrariar su voluntad? Tenemos que aceptar lo que nos venga. Esta es la lección del ritual de la Unción. Esto es lo que yo tenía que entender, si quiero ser Gran Darionis algún día. Si, la visión era una prueba. Y la he superado.

—¿Tus antepasados sabían que el planeta de la Estrella Gitana sería destruido y no hicieron nada para salvarse?

—Construyeron dieciséis naves y cargaron en ellas todo lo que pudieron. Lo demás quedó atrás, a merced de las llamas. Cuando la catástrofe se abata sobre la isla de Athilán, tendremos preparadas unas naves y, de nuevo, salvaremos lo que podamos. El resto quedará destruido sin remedio.

Totalmente desconcertado, protesté:

—¡No puedo creer que, después de haber visto el futuro y saber que anuncia vuestra destrucción, os quedéis aquí quietos como corderos, y no hagáis nada por remediarlo!

—Dime, mago, en tu época, ¿la gente todavía muere?

—Sí, claro.

—Y, sin embargo, desarrolláis vuestra vida diaria, trabajáis, hacéis planes para el futuro y buscáis siempre mejorar, pese a saber que en veinte, treinta o cincuenta años, estaréis muertos sin duda. ¿Cómo es que no abandonáis todo esfuerzo y toda obligación en el momento en que descubrís que la muerte es inevitable?

—No es lo mismo —repliqué—. El individuo tiene que morir tarde o temprano, pero la familia, la nación, el mundo, continúan. Cada uno de nosotros cumple su papel en el tiempo que le es concedido. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Y sí supieras, si tuvieras la absoluta certeza de que el mundo entero ha de desaparecer el día de tu propia muerte, ¿qué harías? ¿Abandonarías todo esfuerzo porque te parecería fútil, mago? ¿O continuarías trabajando y haciendo planes?

Me pareció que su razonamiento era incorrecto y protesté:

—¡Pero aquí no se trata de que el mundo entero vaya a ser destruido! Es sólo una isla lo que va a desaparecer, y hablamos de que sus gentes conocen por adelantado que así será, pero que, aun sabiéndolo, no están dispuestas a hacer nada por trasladarse a otro lugar más seguro. Para mí tal actitud no tiene sentido.

—Únicamente los reyes conocen el destino que nos espera. La visión no ha sido revelada a nadie más.

—Incluso así. Si el rey lo sabe, es su deber salvar a su pueblo.

—Entonces, ¿debe el rey contrariar la voluntad de los dioses? —me preguntó Ram—. No. Debemos aceptar lo que suceda. Y aprender plenamente las lecciones que nos quieren dar los dioses.

Al llegar a este punto, me di por vencido. Por fin lo he entendido: estas gentes son realmente distintas, ajenas a nosotros. Sus mentes de otro planeta no funcionan como las nuestras. Ven cómo se les echa encima la apisonadora, pero se niegan a apartarse del camino. Es la voluntad de los dioses, dicen. Y para ellos no existe nada más. Fatalismo puro. Una filosofía que no me resulta fácil de comprender. Pero, al fin y al cabo, yo sólo soy aquí un visitante.

Y mi visita ya casi ha terminado. Noto que se debilita el vínculo con el príncipe y noto que nuestra época empieza a tirar de mí. Dentro de poco estaré allí presentando mi informe, confesando mis flagrantes errores de juicio y entregándome al juicio que me espera. Con un poco de suerte, serán magnánimos conmigo. Supongo que no soy el primer viajero del tiempo que cede a la tentación de ayudar a su huésped a evitar algún problema grave. Al fin y al cabo, sólo somos humanos.

¿Y, finalmente, qué sucederá con esta tierra?

Bien, la Atlántida será destruida. La desaparición de la isla era un hecho desde el primer momento. Tal vez se produzca durante el reinado de Ram, o tal vez cuando sea

monarca alguno de sus nietos, pero la destrucción tendrá lugar. De ello no hay duda. Lloverá fuego y azufre, el mar se levantará y Athilán será engullida bajo las aguas. En ese momento, el imperio morirá.

Pero un puñado de naves escapará. De eso también estoy seguro.

¿Adónde se dirigirán? ¿A Egipto? ¿A Mesopotamia?

¿Sobrevivirán estos refugiados para construir una nueva civilización que, con el tiempo, perecerá también pero conseguirá poner a salvo algunos fragmentos, y así sucesivamente, hasta que nuestro mundo, el mundo que llamamos «moderno», haya tomado forma? En alguna parte de nuestro mundo actual —estoy seguro de ello— quedan descendientes de los athilantes. Estos perpetuos vagabundos, estos eternos refugiados... sin duda, perdurarán. Sin duda, aún se hallan entre nosotros. A estas alturas habrán olvidado su propia historia, sospecho. Ignorarán que sus antepasados llegaron de otro mundo para vivir entre la gente del fango y que en un tiempo construyeron el mayor imperio que ha existido jamás en el planeta, y del cual no ha quedado el menor rastro. Todo se ha perdido para siempre entre los distantes pasadizos subterráneos del tiempo.

Pero eso no importa. El tiempo lo devora todo. Civilizaciones enteras se desvanecen. Lo que importa es la capacidad de resistencia. El espíritu sobrevive y avanza cuando los palacios no son sino ruinas y los reyes han sido olvidados.

Si algo he aprendido de este maravilloso viaje por el tiempo ha sido esto, Lora. También tú, entre los cazadores de mamuts y en sus casas de hueso, has visto lo que es luchar contra la naturaleza hostil e imponerse a ella. Yo, aquí en la deslumbrante Athilán, he descubierto un par de cosas sobre lo cruel que puede ser el universo y lo tercos que pueden ser los mortales enfrentándose a él.

Ram sabe que pronto me iré, que desapareceré en un remoto futuro que, para él, ni siquiera es un sueño. Me pregunto si echará de menos a su «demonio», a su «mago». Sospecho que sí.

Yo estoy seguro de que le notaré en falta. Es el tipo más noble que he conocido jamás. Y creo que va a ser el mejor Gran Darionis que haya tenido nunca el imperio de Athilán.

Y aquí termino el relato. Ya casi es hora de regresar, amor mío. Dentro de muy poco volveremos a vernos. Dentro de apenas veinte mil años. Espero que haya una pizza esperándonos cuando lleguemos.

**FIN**